

ÁRZICA

De: Nelson Gasca Guzmán

2011

Seruy

Tierra de Nadie
Colonia 23

Bosque de Dinari

Desierto de Urtica
Oasis Temporal • Nadie

Zerkalo

ARZILA

Pivin • A

Fruidán

Piw de Sux

Praderas de Aliz
no Zirán

Río Yuparq

• Kat

Lago de Enson

Cocto

Saíra

Pihycán

EPISODIOS

Páginas

1	ENCUENTROS Y MAULLIDOS	3
2	¡BEBAMOS ARAZÁ!	7
3	EL VAMPIRO DE ZERKALO	11
4	EL VAMPIRO DE ZERKALO II	15
5	LA CAMPANA DE NADIA	18
6	I'VÏN	23
7	LA CAMPANA DE NADIA II	28
8	LAS SOMBRAS SEDIENTAS	33
9	IGOR EL TRACTORISTA	37
10	POLLO ASADO CON ARROZ	41
11	GUADUA	45
12	LIZ PARAMUR EN CONCIERTO	50
13	LA GENTE PODEROSA	55
14	JARI D'ALIZ	60
15	LA GARTA	65
16	EL TUBONEL	69
17	KAT	74
18	COCTÓ	80
19	EL CONJURO DEL MAGO RAMÓN	85
20	¡CANTA, PÁJARO LEJANO!	89

EPISODIO 1

ENCUENTROS Y MAULLIDOS

El Planeta está enfermo y apachurrado. Ha resistido los golpes de una larga guerra y terminó como una guayaba usada para jugar ponchados; está enguayabado. También el país de nuestra historia, Árzica (en donde suenan las campanas). Pero el Desastre ha pasado. Ahora hay que reconstruir a partir de las cenizas. Vivir, esperar y buscar, no importa cuántos cielos se hayan venido abajo.

Siuzí camina silbando. Árzica es enorme, largo y ancho como tres días y tres noches viajando en carrocacharro sin parar. Ella apenas cruza el primer control fronterizo del extremo norte del país, en donde un par de agentes somnolientos, abochornados por el calor del desierto, revisan sin leer los pasaportes y las visas de los viajeros; les basta con mirar las caras. Levanta sus grandes ojos grises, ligeramente rasgados y lee: “Está entrando a Árzica – En donde suenan las campanas”. Y en letras pequeñas: “El Ángel vertió su copa sobre los ríos y sobre las fuentes de las aguas, que se hicieron sangre. El agua está maldita”. Entra a Árzica tarareando la canción del kami-kamión que la trajo hasta allí, parecida a:

Sólo cargo mi corazón
Parece un viejo acordeón
Llevo en mi pecho una herida
Mi corazón y mi vida

y suspira entre nostálgica y emocionada. Los agentes de la frontera ni se mosquean pues no ven en ella signos sospechosos: no trae maleta grande, viste sencillamente: botas rojas, pantalón negro, camiseta azul cielo, chaleco azul mar, mitones violetas... no lleva armas a la vista y no tiene más de once años. “Es inofensiva”, piensan, y gastarán sus energías con los malacarosos y los traficantes provenientes de la Tierra de Nadie, a quienes permitirán el paso luego de negociar un trato, lo que en Árzica llaman hacer un chanchullo gordo y grasoso. Se sabe que es uno de los pocos puntos en donde los agentes de frontera, ZamoS de la Corporación MOVA, son corruptos, quizás porque la

sed de las arenas les ha enseñado a jugar bajo reglas diferentes.

El Desierto de Hitia que se extiende hasta donde el ojo alcanza. Una casita allá. Un carrocacharro por allí. Un árbol asustado más acá. El Soluno calentando en lo alto como un ojo de dragón. Siuzí va por la arena, al borde de la carretera desolada y salta las rocas; camina mucho tiempo, muchas horas sin toparse con un alma o siquiera un fantasma. Siente sed y se detiene. Su cantimplora está seca, sólo caen dos preciosas gotas para refrescar la punta de sus orejas. Se recuesta bajo un árbol deshojado y trata de dormir una siesta. Está segura de que cuando se despierte hasta la sed se habrá evaporado.

¿Con qué sueñas, Siuzí?

Vamos en un carrocacharro a toda velocidad mi papá, mi Malilí, la cantante Liz Paramur y yo. Recorremos muchas horas de ruta, nos estrellamos contra todo, como en los carros chocones. Paramos al lado de una montaña y mi papá nos hace la demostración de un juego: se cuelga en un árbol como un mico, con la cola que le apareció de repente, agarra unas piedras grandotas y las tira lejos, a un río más allá de nuestra vista. Vamos hasta el río y es totalmente transparente, con el fondo blanco, parecido al fondo del mar, con moluscos y animalitos que parecen juguetes. En la orilla, vacas y toros abreven. Mi papá nos muestra otro juego: rodea los toros, se queda de medio lado y los toros lo embisten y lo lanzan al agua; después los toros se vuelven terneros color café con leche.

El chapuzón de su padre despierta a Siuzí y tiene la garganta seca y carrasposa. Así son algunos sueños, nos causan justamente el efecto contrario. Ahora Siuzí no tiene fuerzas para levantarse, está sedienta y la siesta la ha dejado mareada. Mira a la izquierda: desierto. Mira a la derecha: desierto y un carrocacharro. Mira para arriba: una seca y agujereada hoja sobreviviente en el valiente árbol, un gusanito comiendo, una araña durmiendo, un rayo de luz cayendo se filtra y ¡pum! le cae en el ojo a Siuzí en el mismo momento en que escucha un ronroneo. Su piel –más oscura que la miel, más

clara que la panela- se ha enrojecido levemente bajo los dos soles de Árzica.

El ronroneo viene del carrocacharro. Siuzí reúne la fuerza de su corazón —parece un viejo acordeón- se levanta y se acerca despacito. Despacio... Despacio, Siuzí, que vas a despertar a... a...
¡¡Lo despertaste!!

—¡No, no, no mamita! Yo sé que parece un gato, suena como un gato, pero mire usted, mire qué hocico más frío y negro, —dice el muchacho, nervioso, con su voz de tambor— mire qué ojos más vivos y redondos, pille estas patas tan perrunas. No es gallina ni mama gallo, no hace el oso, no da lora ni es sapo, para nada rata, pero es un pisco muy avisado y zorro, eso sí. No se deje engatusar, niña, ¡es un perro, sí que sí!

—¿Un perro? —pregunta burlona Siuzí.

—Un perro —afirma él.

Y el perro se acomoda el sombrero, se termina de poner el bigote y el chaleco de rayas, y comienza a limarse las uñas. Debajo de ese traje perruno se esconde un gato que huye. Podemos recordar cuándo comenzó la persecución de los gatos en Árzica: cuando algunos decidieron transgredir la prohibición y contrabandear brotes y cogollos de guadua. La ley es estricta y desde aquel momento, además de la guadua, la prohibición se amplió de forma tácita a los gatos, a todos los gatos: gato sorprendido, gato sospechoso y, muchas veces, gato desaparecido.

—Sé que no es un perro... —dice Siuzí, quien lo ha visto antes de que terminara de disfrazarse.

—Vamos, vamos, dele una oportunidad —implora Kalo, así se llama el muchacho, saltando del carrocacharro. Tiene 16 años, piel trigueña, pelo negro hasta los hombros, barbita de chivo y ojos de ternero.

—¿Por qué el disfraz? —pregunta ella, ignorante de la situación que reina en el país.

El perro-gato le dice algo al oído de Kalo (es un susurro... le dice que Siuzí parece confiable, la recuerda de un sueño, los puede acompañar). Le van a contar todo a Siuzí.

—¿Es larga la historia? —pregunta con la voz áspera.

—Sí —responde Kalo—. Pero es sabrosa.

—Entonces la voy a escuchar. Pero necesito... agua... No he visto ni una quebrada ni una tienda desde hace horas —Siuzí se pasa la lengua seca sobre sus labios tostados.

—Nada de quebradas ni riachuelos ni cañitos... ¡el agua está maldita! —respondieron al unísono Kalo y el gato-perro.

Y Kalo saca del carrocacharro su maleta y de la maleta una caja y de la caja una cantimplora verde. La agita y el agua resuena, tan preciosa y tan escasa que por ella se libraron crueles guerras pocos años atrás.

Kalo va a comenzar a contar, quiere ponerse un disfraz encima de su camisa pirata escarlata, su pantalón azul y sus botas negras, y montar un pequeño espectáculo para hacer divertida la historia. Entonces el perrato —¡qué horrible suena eso!, dejémoslo en Andreas, que así se llama el gato disfrazado de perro— le recuerda que los vienen siguiendo. Deben continuar, huir de Árzica cuanto antes. Siuzí les dice que la frontera está cerca, ella apenas la cruzó algunas horas atrás. Kalo la invita a ir con ellos. Solamente dejará a Andreas en un lugar seguro y él volverá para seguir su camino por Árzica. Irán en el carrocacharro, que funciona excelente, a pesar de la mala facha.

Siuzí no lo piensa demasiado. Viene a Árzica en busca de *algo*. No sabe muy bien qué encontrará, pero intuye que Kalo es la primera pieza de un rompecabezas que debe empezar a armar. Se suben al carrocacharro, lo encienden y suena como un viejo camión —parece un fuerte corazón—.

Kalo busca música en la radio. Está sonando ‘Un rebaño del alma’, de Liz Paramur, la cantante de moda.

—Abran campo, ¡que ahí va el toro! ¡Cinturones! —ordena Kalo.

Y como un trueno dejan un rastro de polvo rojizo en el camino.

Kalo comienza a contar la historia...

EPISODIO 2

¡BEBAMOS ARAZÁ!

Andreas está disfrazado de vaquero con grandes bigotes y sombrero de ala ancha, de charro. Lo perruno nunca lo ha tenido. Anda en busca de su novia Tina desde hace ya mucho tiempo. Teme por ella, pero espera que haya salido bien librada de la cruel persecución de los gatos en Árzica.

Kalo maneja a mil por el Desierto de Hitia, contándoles la historia a Siuzí y Andreas; como el carrocacharro hace mucho ruido, tienen que parar bien la oreja —y tú también-. Andreas sabe cuál es la historia pero le da risa que Kalo invente un poco aquí, otro poquito allá y haga más emocionantes y extravagantes sus aventuras de lo que en realidad han sido.

—Estaba yo en Fruidán aquella tarde anaranjada, como son todas las tardes en Fruidán, persiguiendo a Milio, el Ratón, el jefe de la banda los Aguadueños. Era la cuarta vez que intentaba alcanzarlo. Milio corre como alma que lleva el diablo y pasamos por callejones húmedos y almacenes llenos de gente. Finalmente llegamos al callejón sin salida, el callejón de siempre, en donde tantas veces he capturado a mis fugitivos y ya no había escapatoria. Milio estaba entre mis garras.

Siuzí interrumpió para preguntar si Kalo era policía, pero Kalo le dijo “Despacio, despacio... que para llegar al punto hay que contar despacio, para llegar al punto...”

—Saqué mi látigo y me estaba preparando para someter a Milio. Ya tenía el brazo en el aire cuando una mano detrás de mí me detuvo. Volteé y lo único que veía era un sombrero gigante y una mano azul y peluda sosteniendo mi látigo.

—“Esa hermosura es mía”, dije yo queriendo parecer un detective —intervino Andreas.

—Sí, eso dijiste... pero no me interrumpas o ya no cuento más.

—Miau....

—“Esa hermosura es mía”, dijo una voz que nacía de aquel sombrero. Pero no pasó un segundo y Milio ya se había esfumado... En la puerta del horno se nos quema el pan. Y fue el sombrero

quien me lo hizo quemar. ¿Ves, Siuzí, ves cómo comienzan algunas cosas?

Siuzí no recuerda haberles dicho aún su nombre. ¿Es adivino Kalo? ¿O Andreas puede leer la mente y ver más allá de lo evidente? ¿O esculcaron en su mochila mientras dormía? Todo es posible. De cualquier modo, él ya lo sabe y lo usa, qué le vamos a hacer. Pero a Siuzí no le causa ninguna gracia y se queda pensando.

Por supuesto, el sombrero es Andreas. La mano en el látigo duró un buen rato, mientras los dos forcejeaban y se miraban el fondo de las pupilas. Kalo, furioso por haber perdido de vista a Milio. Andreas, pretendiendo parecer un detective rudo y no lo que realmente era: un cazarrecompensas de información, experto en libros antiguos. ¿Cómo terminaron media hora después en la cafetería de Madame Sidoní, tomando café y comiendo meletas (galletas con mermelada violeta, mmmm...)? Kalo no alcanza a contarlo porque allí vienen las motos plateadas y los Zam detrás de ellos, más cerca, cada vez más cerca, como perros de caza, aunque sean Zorros de Aguda Mirada.

Kalo se calla y acelera hasta el fondo el viejo pedal del carrocacharro. El motor va a sufrir un infarto, hace ruidos como de grandes pedazos de mango en una licuadora. Empieza a salir humo y Siuzí suda, Andreas tiembla y Kalo mira a la frontera que ya se acerca, ya está allí, ¡ya llegan!, saca el brazo y asoma la cantimplora y los agentes de frontera entienden de qué se trata, abren paso, agarran la cantimplora lanzada al aire y ¡cruzarón!

Ahora las motos y los Zam no pueden hacerles nada. La frontera de Árzica hacia la Tierra de Nadie es un umbral imposible de cruzar para los Zam, agentes de la Corporación MOVA. Es muy sencillo: La Corporación MOVA tiene control sobre todo lo demás, pero la Tierra de Nadie, por ser de *nadie*, no puede ser de interés para la Corporación MOVA. Debes entender que a MOVA le interesa únicamente aquello que es de *alguien*, para poder poseerlo y controlarlo. Si algún día ves un Zorro de Aguda Mirada, un Zam acechando tras de ti, ya sabes, entonces, a dónde ir para estar seguro.

Andreas chifla de felicidad y Siuzí siente que se ha subido a una montaña rusa. ¿Con qué locos

se ha metido? Kalo frena en seco el carrocacharro y gira el volante para quedar de frente a los agentes de MOVA, del otro lado del Muro que circunda Árzica. Se ríe malicioso y les hace un complicado gesto con las manos –cochinadas que le dan risa a Andreas y escandalizan a Siuzí-. Los Zam simplemente dan la espalda y echan a correr en sus motos plateadas.

—Hasta aquí nos trajo el río —dijo Kalo.

—Sí señor —replicó Andreas con la voz entrecortada.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó Siuzí pálida tras el carrerón.

Andreas irá a la Colonia 23, en medio de la Tierra de Nadie. Está a unas pocas horas de allí. Allá encontrará un bar, se tomará una copa de Arazá, dos copas de Arazá, tres copas de Arazá y ¡pam!, tres lágrimas por su querida novia Tina a quien quiere como a nadie en el mundo y todavía no encuentra. Pero, ¡Andreas, sigue buscando! En cada lágrima de Andreas está una pista sobre el destino de Tina. Él las guarda en el tarrito de perfume vacío que ella dejó en su apartamento, en Fruidán, seis años atrás, cuando desapareció.

El Soluno se está ocultando y el Soldós –como el ojo de un jaguar-, empieza a nacer. Andreas camina contento y se pierde a lo lejos. Kalo y Siuzí están acostados encima del carrocacharro, mirando el cielo que ahora pierde su color naranja y se torna violeta, azulado oscuro, parecido al mar cuando estamos lejos, muy lejos de la orilla y en nuestra Tierra se empieza a hacer de noche.

Kalo termina de contar la historia.

—Después de varios minutos mirándonos frente a frente con Andreas, vi allá en sus pupilas la imagen de una gatica de vestido rojo. Entonces de la boca de él salió la palabra “Tina” como un suspiro. Me di cuenta de que él era un gato, parecido a uno por el que ofrecían una bonita recompensa en la televisión. Por él me darían mucho más que por Milio y sus secuaces. Solté el látigo, él salió a correr y lo agarré de la cola, más larga que un día sin pan, pintada de negro, parecida a la de un perro. Le puse esposas en sus manos. Lo agarré por la oreja y lo fui arrastrando a la sede de seguridad de MOVA, en donde me darían hasta 30 Lluvias de plata por él. Andreas

caminaba resignado, escondiendo su cara bajo el sombrero. Llegamos a la Autopista de Escarcha cuando apareció Milio con tres ratas gigantes que nos atacaron. No me acuerdo de nada. Lo último que supe al despertar es que tenía una taza de café frente a mí, una copa de Arazá frente a Andreas, en la cafetería de Madame Sidoní, y él sonreía complacido diciéndome “¿A dónde me llevabas bella durmiente?”. Tenía el sombrero embarrado... Oye, Siuzí, a propósito, si vas para Coctó, tienes que ir al aeropuerto de Fruidán. Yo voy a Fruidán. ¿Tienes Lluvias? El carrocacharro no camina gratis. A Coctó, que yo sepa, sólo se llega por aire.

—¿Coctó? ¿Y quién te ha dicho que voy para Coctó? —le preguntó Siuzí comiéndose las uñas.

—Nos lo dijiste debajo del árbol, ¿no te acuerdas? —le responde Kalo extrañado.

—¿Ah sí? ¿Y qué más dije? —pregunta Siuzí sospechosa, convencida de que le habían esculcado la mochila y visto el mapa en donde había escrito la palabra “Papá” junto a la ciudad de Coctó, al extremo sur de Árzica.

—Paciencia, pioja, que la noche es larga. Y la historia que te estaba contando, el final lo sabe Andreas. Pregúntale a él la próxima vez que lo veas.

EPISODIO 3

EL VAMPIRO DE ZERKALO

Kalo se cree un gran cuentero. También cuenta las arenas, los dientes de la gente y las Lluvias de oro y plata. Después de las Lluvias, son cuentos lo que más le gusta contar. ¿Qué habrá pasado entonces aquel día, al despertarse Kalo en la cafetería de Madame Sidoní? Ese cuento no lo sabe y si le preguntamos lo inventará todo. Lo que no inventa es que Andreas conoce el final. ¿Lo sabremos algún día?

Las Brisas Rivus soplan con fuerza cuando el Soldós está en su apogeo y su luz se ve obstruida por la Nube Nueve, la nube gigante y estática que permite tres horas de total oscuridad, cuando suenan las campanas escarlatas en Árzica y todos entran en sus más profundos sueños. Nosotros lo llamaríamos la Hora del Lobo, pero en Árzica lo llaman el Salto del Ángel.

Durante el Salto del Ángel el Soldós no se puede percibir. Es como si un eclipse viniera cada día y las tinieblas poblaran todos los rincones de Árzica y las fronteras de los países vecinos. Durante el Salto del Ángel el miedo cobra forma y todos prefieren meter la cabeza y guardar los pies debajo de las cobijas, abrazar la almohada, el peluche o el amigo que esté más cerca. Durante el Salto del Ángel Kalo ajusta muy bien las puertas del carrocacharro y reclina su silla para hacer lo que uno debe hacer en esas horas oscuras... contar historias de miedo.

—No... Kalo... No... Lo que me da miedo es imaginar cómo supiste mi nombre y que voy para Coctó —confiesa Siuzí.

—No y no, mi querida Siuzí, tú nos lo contaste todo —responde Kalo indignado—. Tenías los ojos entrecerrados, pensamos que era el sol que te picaba, pero parece que es un caso de “hablar-dormiditis”.

—¿Me crees boba? ¡No es posible! ¡Yo ya lo sabría! —respondió furiosa.

—¡Sana, banana! Será el aire de Árzica que te ha alterado la sangre. Y hablando de sangre...

Y así comenzó Kalo el impresionante, terrible, tenebroso y pegajoso cuento del vampiro de

Zerkalo:

“Yo, Curán-Kalo, sé por mis ancestros que hubo una vez, en el pueblo de Zerkalo, un vampiro azotando todas las noches a sus pobres e inocentes habitantes. Yo lo sé porque me lo contó mi abuelo y a él se lo contó su abuelo y a él el suyo y así hasta mucho antes del Desastre, del Zaperoco, como yo lo llamo. Y sé que es tan cierto y verdadero como que el agua moja y el fuego quema.

Escucha bien, Siuzí, porque el vampiro de Zerkalo fue el vampiro más malvado que jamás hubiera existido y cómo él no los habrá jamás. Nadie sabía cómo eran su rostro ni su cuerpo, nadie, porque aquél que lo había visto no vivía para contarlo. Pero así es como se lo imaginaban: chiquito como un Mos, pero más sucio. ¿No sabes qué son los Mos? Son los Marranos de Ojos Sucios... y los Zam son los Zorros de Aguda Mirada; son los ZamoS, amiga Siuzí... Era así de chiquito y con los ojos rojos llenos de mugre. Unas manos llenas de pelos gruesos y uñas largas y llenas de carne vieja y sangre seca. Unos colmillos cafés de jabalí, apuntando hacia arriba, casi clavándosele en la propia cara. Un olor a hígado de rata, a trasero de cucarrón, a los pies de cucaracha muerta en el fondo de una alcantarilla de la ciudad más hedionda de todo Árzica...

Y este vampiro uno lo podía sentir por eso mismo, por ese humor tan maluco que desprendía. Entonces hubo un tiempo en que todos en el pueblo de Zerkalo, niños y grandes, se acostaban muy temprano y se dormían tan pronto como podían, pero antes se comían un plato grande de frambuesas para soñar con ositos rosados, arroyos de agua clara y cosas bonitas por el estilo. Porque el asunto es que sólo aquellos que olían al vampiro eran sus víctimas. Los vampiros, que los hay los hay, pero no hay que creer en ellos. ¡Creer y oler, el vampiro te va a comer!

¿Estás despierta en medio de la noche y captas un olor extraño, entonces empiezas a olfatear una y otra vez para saber qué es? No hay que hacer eso. Cada vez que se olfatea el vampiro viaja en increíbles saltos. Después de tres olfateadas empiezas a sentir plumas como de chulo en tu barriga. Olfatea una vez más y sentirás mucho calor en la espalda: es la sangre que empieza a brotar de tu cuello pues el vampiro ya atacó. Ya sus colmillos están en tu yugular, estimada Siuzí, y ahora es él

quien olfatea, pues la sangre no la bebe sino que la respira. Cuando olfatea tres veces todavía te queda un poco de vida pero ya no tienes fuerza para gritar. Cuando olfatea la cuarta vez, queda tu cuerpo seco, como una camisa vieja en el piso, y el vampiro se va a dormir, hinchado, lleno de ti.

Pero el vampiro, como todos los vampiros, le teme a la luz. Por eso en Árzica nunca hubo esa plaga de los Vampiros Seductores que azotaron otros países, porque el Soluno y el Soldós nos protegen. Sin embargo, está el Salto del Ángel... Es probable que el vampiro de Zerkalo se haya adaptado a nuestro horario y sólo utiliza esas tres horas para atacar... Porque fue durante el Salto del Ángel que mi hermanito quedó hecho una camisa vieja en el piso y nadie pudo hacer nada... El vampiro llegó a nuestra casa y no pudimos detenerlo. Mi hermanito ni siquiera gritó.

Al corazón del vampiro le pusieron un precio muy alto: 100 Lluvias de oro. Un cazarrecompensas como yo, pero menos valiente, llamado Van Harker, llegó a Zerkalo y comenzó a investigar. Dos días después encontraron sus huesos en la mitad de la plaza del pueblo. Y una nota del vampiro que decía: “Sigán tomando leche de cabra que le da un sabor exquisito a la carne de ustedes”.

Ese mensaje fue la gota que colmó la copa de la paciencia de mi padre, quien se decidió a acabar definitivamente con el flagelo del vampiro. Se dedicó a tomar leche de cabra durante una semana hasta quedar como un globo. Tenía un plan que no podía fallar y llamaba al vampiro diciendo “yo que te conozco, paticas de mosco”. Hasta que llegó la noche de la verdad... Al día siguiente encontraron a mi papá como una bomba desinflada después de una fiesta en medio de la plaza del pueblo. Y una nota del vampiro: “Soplo, sorbo y ¡mano a la presa!”

Me tocó entonces a mí, el más valiente de la familia, enfrentar al vampiro de Zerkalo. En el pueblo quedaba cada vez menos gente. Yo me dedicaba a entrenar artes marciales con un par de amigos, Ken y Ryu, durante el día; durante la noche, a comer frambuesas con ají, para soñar que combatía a ositos aguerridos y cruzaba en tres brazadas ríos caudalosos. Cuando sentí que estaba listo para enfrentarlo, ideé un plan que no podía fallar... pero hasta aquí te puedo contar el cuento.”

—¿Por qué? —pregunta Siuzí, cuyo rostro está fundido con la oscuridad del Salto del Ángel.

—Porque este cuento tiene un problema: si se cuenta hasta el final, es muy seguro que el vampiro venga y nos coma en menos de lo que canta un gallo.

—Ahhhhh... —dice muy desilusionada Siuzí. Pero se decide. —No señor, tienes que contar el cuento completo, los cuentos se cuentan completos o si no es mejor no comenzarlos.

—¿Y no te da miedo que el vampiro venga?

—Sí, pero más miedo me da no saber cómo acabaron... perdón, cómo acabaste con ese vampiro

—asegura Siuzí.

—Nada de gritos.

—Nada.

—Ni de lloriqueos. Así que, el plan era...

EPISODIO 4

EL VAMPIRO DE ZERKALO II

“El plan consistía en hacer un disfraz de vampira. Ya sabes, Siuzí, que por la boca muere el pez. Pues con ayuda de mi hermanito... ehh, no, de mi hermanita, me hice un disfraz de vampira. Nos fuimos de cacería al Bosque de Dinari, allá llenamos una bolsa de babosas, cucarrones y cucarachas, la metimos en un molino, dejamos esa mezcla al sol y cuando ya apestaba se la eché encima a una piel de chucha y me envolví en ella de la cabeza a los pies. Busqué una peluca mona, me pinté los labios de rojo sangre y brillé unos colmillos postizos de jabalí hasta que quedaron como diamantes.

Esa noche no podría dormir. Faltaban cuatro horas para el Salto del Ángel. Tres horas. Dos horas. Una hora. Y ya sabes que el que menos corre vuela y a la puerta del horno se nos quema el pan y por la boc... El vampiro nada más sentir el olor mío y ver a lo lejos esos labios, ese pelo de vampira, no se aguantó y salió de su guarida sin esperar a que las tinieblas llegaran. Cuando llegó frente a mí estaba todo seco y débil. Intentó darme un beso, y sólo bastó un empujón para que cayera muerto. La luz anaranjada del Soldós lo había matado bien muerto y tostado.

Cuando sonó la campana escarlata y llegó de veras la noche, el vampiro de Zerkalo estaba tirado en medio de la plaza. Pegué un grito “¡Oleroleiiiiiiii!” para avisarles a los habitantes del pueblo. En medio de esas tinieblas me atacaron a mí y me tocó salir corriendo hacia el bosque de Dinari. Pero ellos allá quedaron, dándole caña al cadáver del vampiro.

Al día siguiente regresé, ya sin mi disfraz de vampira, y sólo estaban los huesos y el corazón del vampiro. Los habitantes de Zerkalo... ¡se lo habían comido! Todo porque un niño le escuchó decir a un perro que un duende le había contado que una ardilla había dicho que a los vampiros hay que comérselos, para que no vuelvan a nacer. Eso es mentira, sabes. Lo único que quedó fue el corazón, con un mordisquito en medio, pero era amargo como un purgante y no se lo quisieron comer.

El corazón del vampiro de Zerkalo lo echaron al río Yuparí, más al sur del bosque de Dinari. El río está maldito y MOVA no deja que uno se bañe allí. Dicen que ese corazón creció y de allí nació el hijo del vampiro, pero le falta una oreja, por el mordisco que le dieron.”

—¿Ah, sí? —pregunta Siuzí.

—Sí, y a mí también me falta una oreja... ¡¡¡¡Porque el hijo del vampiro soy yo!!!!

“¡Changos...!”, pensaba Siuzí, “Kalo es un cuento... Primero me dice que es una historia de terror de sus abuelos y resulta que él es el protagonista. Y si él mató al vampiro, ¿cómo puede ser al mismo tiempo su hijo? Y por poco y resucita a su hermanito muerto en medio de la historia. No sé... ¿Será embustero por naturaleza?”

—Ahora ruega porque el vampiro de Zerkalo no venga y nos coma —dice Kalo con voz misteriosa.

—Sí, roguemos porque no venga... —dice Siuzí, quien le tendrá miedo a muchas cosas pero no a la oscuridad ni a los vampiros de Kalo.

Así se fueron durmiendo despacio hasta que el cansancio venció a Siuzí y Kalo cerró los ojos para imitarla.

Lo que Siuzí y ustedes no saben, es que la historia de Kalo no es totalmente falsa. Una noche en la Colonia 23, Kalo bebía Arazá junto con un grupo de colegas cazarrecompensas. Entonces el viejo Piñón —de dientes de oro y pata de palo— los reunió a todos y les contó los últimos rumores sobre el vampiro de Zerkalo y su hijo. A Kalo le gustó mucho la historia y se la aprendió, pero a su manera. Entonces, ¿qué dices? ¿Será o no será cierto aquello del vampiro de Zerkalo y su hijo?

Ahora Siuzí duerme profundo. El cansancio se ha apoderado de sus piernas y de sus brazos. Kalo nota que las Brisas Rivus alcanzan a colarse por los bordes de las puertas y de su maleta saca una manta delgada, peludita como un durazno. Cubre a Siuzí y la observa. Aunque es oscuro, puede verla; Kalo siempre ha podido ver en la oscuridad. Siuzí comienza a balbucear y se agita bajo su cobija.

—¡¡¡¡No se la lleven!!!! —grita Siuzí y se levanta de un salto cuando ya el Soldós se esconde y vuelve la luz rojiza del Soluno.

Kalo saca agua de su maleta y le da unas cuantas gotas a Siuzí, que está sudando, llorando, tiene los ojos enrojecidos y sale del carrocacharro. Mira cómo el Soluno se asoma y sube despacio hacia el cielo. Toma arena entre sus manos, la aprieta y mira cómo se le escapa entre los dedos. Entre más fuerte trata de agarrar la arena, más rápido se le escapa.

Hoy no hay para desayunar más que un chocolate añejo y media arepa rostizada. Son tiempos difíciles para los cazarrecompensas como Kalo. Pero, díganme, ¿cuándo no son los tiempos difíciles? Es cierto, quizás antes del Desastre se vivía mejor, pero no era muy diferente: las mismas soledades, los mismos desiertos, los mismos soles que secan el agua y nos causan sed y alucinaciones.

Alucinaciones parecidas al robot que viene rodando en una llanta en la distancia. Se está acercando. Más cerca. Llega. Ya la tristeza de los sueños se le esfumó a Siuzí con el calor y el chocolate. Y Kalo no sufre de esos males emocionales. Llega el robot y jadeando, como si de verdad estuviera cansado, dice:

—¡Kalo, hace dos días te estoy buscando! Hay trabajo para ti.

EPISODIO 5

LA CAMPANA DE NADIA

Van los tres en el carrocacharro cruzando el desierto de Hitia, mitad cal, mitad hierbas secas y amarillentas, un valle de dinosaurios de piedra, castillos de arena grandes como tres elefantes y pistas de bicicrós modeladas por las Brisas Rivas a lo largo de los años. No siguen la carretera, pues los ZamoS que buscaban a Andreas quizás sigan rondando por allí. Hace tanto calor que hasta el robot Karter suda un aceite rosado. Los hacen tan parecidos a los hombres estos días... Si lo vieras de la cintura para arriba, no podrías decir la diferencia entre él y un humano, con gafas de sol, pelo negro liso hasta la cintura, diecisiete collares de piedras de colores y la piel bronceada de tanto andar bajo los soles de Árzica. Pero de la cintura para abajo, sus piernas pueden transformarse en una rueda de motocicleta con sus ejes, sus radios y su freno. Siuzí ve por primera vez algo —o alguien— parecido. En Seucy, el país en donde creció, no existen androides desde el Desastre.

—Te necesitan —dice Karter.

—¿Qué hay por hacer? —pregunta Kalo.

—Vas a construir una campana.

Una campana, así como lo escuchas. Una campana que de verdad suene, tan grande como una casa. Una campana escarlata que anuncie el Salto del Ángel para el pueblo recién nacido de Nadia. Un pueblo de apenas una casa en donde vive una muchacha muda, tan, pero tan bonita que tiene pretendientes de ciudades y países lejanos que la colman de regalos. Una máquina para hacerse trenzas aunque tiene el pelo negro corto, ni siquiera le llega a los hombros. Unos aretes con semillas de marañón aunque nunca enseñe sus orejas. Un karaoke aunque nadie la ha escuchado nunca decir ni mu ni pío. Un gran botellón de agua aunque... bueno, ese es un buen regalo, porque dicen que el agua está maldita y sólo se puede tomar la que MOVA distribuye. Y ahora un señor muy poderoso quiere darle una campana escarlata sólo para ella, para que Nadia sepa exactamente cuándo viene el Salto del Ángel.

A nadie en Árzica le hace falta saber que cuando está oscuro es el momento de quedarse en la casa, pero sus habitantes son tan felices escuchando los campanazos escarlatas – como tomates maduros, para el Salto del Ángel-, violetas – como el helado de mora, para que los niños salgan al recreo- e índigo –como una ballena azul en el océano, para... es un secreto...- que prefieren darse esos gustos diarios.

No se trata de cualquier campana barata y de mala calidad, no señores ni señoras. Se trata de las campanas de I'vín –¡a ver cómo pronuncias eso!-. Sólo allá hacen las campanas para Árzica porque nadie más las hace tan buenas y que suenen tan lindo. ¿Quieres saber cómo suenan? Suenan como cuando tomas una mandarina entre tus manos y la giras tres veces a la izquierda y tres veces a la derecha. Suenan como cuando soplas para aquí y para allá los rayos de luz anaranjada de las seis de la tarde en nuestra Tierra. Suenan como cuando te crecen los dientes y allá en los sueños tratas de agarrarlos con un lazo para que no crezcan más. Así debería sonar la campana escarlata y dicen que se necesita de mucha, pero mucha imaginación para escucharla...

Los tres van a máxima velocidad y no pasan cinco horas cuando encuentran una hermosa casita en medio de una duna de arena roja, al sur del Desierto de Hitia, una región de áridas microcordilleras –saltas de una montaña a la otra en doce saltos-, junto al Oasis Tenfé.

El Oasis Tenfé ni siquiera MOVA ha podido aprovecharlo. Tiene vida propia y aseguran que sus aguas no están malditas, pero cuando uno intenta meter las manos en él, entonces se repliega y queda vuelto una sola gota que se ríe a carcajadas y luego saca la lengua, también de agua. Cuando Siuzí vio tanta agua junta, con tres palmeras verdes y altas, sedienta como estaba, se fue acercando hipnotizada y Kalo le dio un codazo a Karter, para que la mirara, con tanta picardía en su sonrisa que no cabe en esta hoja.

Siuzí comenzó a correr hacia Tenfé y se lanzó en clavado para terminar como una rana, los brazos y las piernas extendidas, tragando arena, furiosa. Y la risa de Tenfé no nos deja oír a Kalo ni a Karter que se revuelcan de puro placer. Luego Karter, haciendo de sus piernas una rueda de moto

de carreras, va hacia el sur, en busca de alguien muy importante, el poderoso señor.

En la casita las ventanas están cerradas. Seguramente estará durmiendo la bella Nadia, encantadora de arzicanos. Karter regresa un rato después y con él vienen tres motocicletas plateadas. Kalo salta de su carrocacharro y busca a Siuzí, que bajo una palmera escribe en una libreta. Se acerca un Zam impecablemente uniformado y habla con Kalo.

—Me dijeron mis camaradas que ayer estuvieron cerca de atrapar a ese amigo tuyo —dijo el Zam.

—Sí, cerca, pero más sabe el diablo por viejo que por diablo, y Andreas no es ningún tonto —respondió Kalo.

—Dile que necesita un mejor disfraz. Yo mismo puedo conseguirle algo. Con las Lluvias suficientes, le consigo lo que sea —sentenció el Zam—. Haz bien esta misión, Kalo, y veré lo que puedo hacer por tu colega, para que pueda regresar al país.

El Zam Adabi, el más elegante, extraño y orgulloso entre los Zam, le explicó luego a Kalo, a quien quiere como a un hijo aunque se comporte fríamente y en quien confía para sus labores de caza, cómo era la campana que quería. Una campana escarlata de la mitad del tamaño de la casa de Nadia. Tiempo límite: tres semanas. La colgarían entre las tres enormes palmeras para que quedara suspendida en el centro del Oasis.

A Siuzí le impresionaban los buenos modales del Zam Adabi y la elegancia de su vestido. También le parecía absurda una campana para una sola casa, simplemente por el capricho de un señor poderoso.

Siuzí vio a Kalo recibiendo una bolsa de Lluvias. Se sonreía gustoso. El Zam Adabi se fue en su motocicleta plateada seguido por dos guardaespaldas y pronto se perdió en las dunas de Hitia. “Por lo menos aquí tenemos sombra”, pensaba Siuzí bajo una palmera cuando Kalo se acercó sonriendo.

—Dinero para algunas semanas. El único problema es que de campanas sólo sé que hacen “pam

pum pom”—dice Kalo intentando parecer preocupado.

—¿Y por qué no lo dijiste? —pregunta Siuzí.

—No es algo que yo pueda decidir. Con el Zam Adabi no se negocia. Pero siempre se gana y en más de una ocasión me ha salvado el pellejo. Además, son trabajos fáciles. Le encantan las mujeres mudas y está enamorado de todas las que ha encontrado en Árzica. Siempre me paga para que les lleve regalos. ¿Sabes qué? Si este trabajo queda bien hecho, va a ayudar a Andreas a salir del enredo en el que anda metido por culpa de la guadua, y así podrá volver a entrar a Árzica. Y tú, ¿te quedas conmigo o sigues tu camino? Sólo iré a Fruidán al terminar esta misión.

—No tengo afán —le responde ella mirando al horizonte—. Sólo sé que tarde o temprano debo llegar a Coctó. A Latía Maya le dejé una nota encima de mi cama. Ella sabía que al decirme que en Coctó podría tener noticias de mi papá, no me quedaría mirando por la ventana.

¿Qué va a hacer Kalo? Aprender a hacer campanas es una posibilidad. La otra, buscar a alguien en I'vín que la fabrique para él. Esta segunda posibilidad es el motivo por el cual el Zam Adabi ordenó sus servicios. En I'vín no hacen campanas por dinero. Allá sólo se hacen campanas cuando un pueblo o una ciudad alcanzan cierto número de habitantes. Antes era el gobierno quien daba el permiso oficial para la construcción de las campanas; ahora es MOVA quien autoriza su construcción. En realidad, hace muchos años que no fabrican ninguna campana. Entenderás que los habitantes no aumentaron; con las Guerras del Agua y el Desastre la población disminuyó a la mitad. Millones murieron de sed, de oscuridad o de la mano hermana pero terrible de alguien más.

¿Qué hará Kalo, entonces? Siuzí quiere ayudar pero no sabe cómo. Miran la casita de Nadia, se acercan, golpean a la puerta, miran hacia arriba, no pasa nada, nada se escucha, nadie atiende a sus llamados. Aunque todavía está claro, Siuzí siente mucho cansancio y sueño. Kalo parece invencible, se despide de Karter, le da algunas Lluvias “para los dulces” e invita a Siuzí al carrocacharro. Reclinan los asientos, oscurecen las ventanas, al igual que todos en Árzica, para poder dormir con tanta luz y buscan en la radio a Liz Paramur. Buena suerte y ¡allí suena ‘Hipo azucarado’! Siuzí

apenas mueve los labios cantando y ya se va a dormir cuando dice “gracias, Kalo”, con su voz que se desvanece y empieza a soñar con una campana escarlata. La canción se termina y una voz de mujer susurra: “El Ángel vertió su copa sobre los ríos y sobre las fuentes de las aguas, que se hicieron sangre. El agua está maldita.”

EPISODIO 6

I'VĪN

Siuzí abre los ojos y todo el paisaje ha cambiado. El carrocacharro la arrulla y duerme plácida como un bebé. Dejaron atrás las arenas y atravesaron caminos solitarios y polvorientos, subieron colinas y pasaron puentes sobre ríos que ya no existen. Veinte años no son suficientes para que el Planeta recobre los colores de antes del Desastre. El verde de las hojas y del pasto se volvió gris ceniciento y ahora retoma fuerzas y es amarillo, un poco anaranjado, algunas veces aguamarina. Pero el verde selva quizás se perdió para siempre o habrá que esperar muchos años para que regrese.

Abre los ojos y todo es nuevo para ella; imagínate descubriendo un país desconocido, el país en el que nacieron tus padres y que nunca has visto. Imagínate escuchando lenguas incomprensibles, gente con vestidos extraños, animales con más ojos y patas y dientes de los que nunca habías oído hablar.

—Tengo sed —dice Siuzí sintiendo la boca adormecida y empalagosa.

—¡Pausa de Lluvia! —responde Kalo y frena en seco.

—Pero no hay ni una nube, Kalo. Y así llueva, ¿de qué serviría si toda el agua está maldita?

Porque en Árzica no queda agua buena, toda está maldita: la del río (el Yuparí, el único río que no se secó), la del lago (el lago de Enson, el único lago que no se evaporó), la de las nubes y la de la lluvia. Algunos creen que quedan aguas subterráneas que no fueron maldecidas por el Ángel que ocasionó el Desastre, el mismo que fue enviado para darles a los habitantes del Planeta una segunda oportunidad, pero que se rebeló y en lugar de dejar todo como era antes, dejó todo casi como al inicio de los tiempos, pero con el agua maldita en todo Árzica, que fue donde todo comenzó.

Siuzí viene de Seucy, un país en donde todavía hay agua buena en muchas partes, aunque casi nunca llueve y en donde MOVA tiene muy poca influencia. Sin embargo, todos conocen lo que ocurre en Árzica y no se atreven a probar el agua que cae del cielo. Por eso existen MOVA y las

Lluvias.

—¿No conoces las Lluvias, Siuzí? — le dice Kalo sacando una bolsa de tela de su chaleco y agitando su interior, en donde resuena un juego de perlas.

—En Seucy no son comunes, pero Latía Maya me había contado que aquí el dinero es distinto del nuestro —respondió Siuzí recordando que desde que supo de la existencia de las Lluvias, había esperado ansiosamente el momento de conocer el particular dinero de Árzica.

—Pues Latía Maya te lo habrá contado, pero yo te lo voy a mostrar —dijo Kalo emocionado, saliendo del carrocacharro, abriéndole la puerta a Siuzí como un caballero, poniendo un mantel sobre la hierba seca e invitándola a sentarse para contemplar el espectáculo.

Kalo se arremangó la camisa, puso la bolsa en el centro del mantel, metió la mano y sacó una bolita de bronce. La acarició entre los dedos y la llevó hacia arriba y hacia abajo, hacia delante y hacia atrás, como un hipnotizador frente a la serpiente. Pero Siuzí no es una serpiente y comenzó a perder la paciencia.

—¿Me vas a mostrar las Lluvias o quieres jugar con tus bolitas de piquis? —preguntó muy seria.

—Calma, amiga mía, ¡que no panda el cúnico! —Kalo sopló la esfera de bronce y dejó a la vista un pequeño orificio. De la bolsa sacó un cilindro del tamaño de un dedo meñique, marcado con la palabra MOVA, presionó la letra O y luego la letra A y salió una punta como de aguja de coser. Insertó la punta en el orificio y se escuchó un sonido como el de una lata de gaseosa al abrirse. Salió vapor y frente a los ojos de Siuzí comenzó a formarse una nubecita del tamaño de una gran papaya. Fue volviéndose más densa y grisácea y a los pocos segundos comenzó a llover.

—¡Es increíble! —se dijo en voz baja y sin parpadear, y lo cierto es que es bastante impresionante sin importar cuántas veces lo hayas visto. Kalo se levantó y se puso a bailar y a correr alrededor de la pequeña nube.

—¡Toca el agua con las manos, tócala con la boca, Siuzí, no tengas miedo, es agua bendita! ¡Lávate la cara, bébela, frótate las orejas y el ombligo! ¡No va a durar mucho tiempo! —y ella tocó

el agua con las manos y se mojó la cara y la bebió, se frotó las orejas y el ombligo y se acostó bajo la nube del tamaño de una patilla, de un melón, de un balón y durante un minuto el mundo se le volvió de mil colores mientras el agua la rociaba y le daba vida, como a las plantas y a los árboles. La lluviecita terminó, la nube se evaporó y Kalo detuvo su baile frenético, se acercó a Siuzí y se la quedó mirando. Estaba plácida entrecerrando los ojos sobre el mantel mojado, con una sonrisa de oreja a oreja, como recién salida de la ducha después de un largo viaje.

—Una Lluvia —suspiró Siuzí.

—Una Lluvia de bronce —dijo Kalo. —También hay de plata y de oro. Cuando tenga lista la campana, el Zam Adabi me va a pagar 30 Lluvias de oro. Si me ayudas, te daré tres de bronce... Aunque para el pasaje de avión a Coctó, vas a necesitar mucho más que eso... Pero una cosa es cacarear y otra es poner el huevo... Así que ¡vamos!

—Una Lluvia... —repitió Siuzí y sobre su rostro se mezclaron lágrimas de alegría y gotas de agua, de agua buena.

Cinco horas después llegaron a I'vin. Ahora un pueblo fantasma, cuarenta años atrás era un pueblito adorable de calles en piedra, casas en paja y madera, muchos pájaros con sombrero tomando café en las terrazas y una dulce melodía en los oídos, como las voces que escucha un bebé cuando está en el vientre de su madre, fruto de las trescientas campanas de las trescientas casas de las trescientas familias campaneras. Todo el día sonaban dulcemente una tras otra, cada una como el acorde de una guitarra y todos los días la música era distinta; eran canciones que nacían del estado de ánimo del pueblo, de sus habitantes y de sus relaciones. Es por eso que los pájaros se dedicaron a tomar café y a conversar, porque es uno de esos raros lugares en donde su canto se vuelve menos bello ante la competencia campaniforme.

Cuando Siuzí y Kalo entran a la plaza central, en donde la Gran Campana Escarlata comienza a oxidarse, el silencio es total. Un campanazo los sorprendió, sonó como el bostezo de un señor que se ha pasado toda la tarde viendo televisión. Siguieron el origen del sonido. Kalo se llevó la mano al

interior de su chaleco y Siuzí se quedó fría cuando vio la pistola.

—¿Para qué sacas eso? —le preguntó conteniendo la respiración.

—Yo no me fío ni de mis calzones, compañera mía. No es la primera vez que vengo y no será pidiendo el favor que nos van a construir la campana —picó el ojo y sacó la lengua y a Siuzí no le hizo ninguna gracia, aunque comprendió que hay países en donde las cosas se hacen de una cierta manera y no de otra. Los primeros seis años de su vida fueron los seis últimos de las Guerras del Agua, los más duros, y en sus sueños revive lo que en esos tiempos no comprendía. Por eso ver a Kalo con una pistola no era más raro que ver a Latía Maya llorando frente a su casa incendiada o creyendo recordar -o de pronto soñar- a su papá, barbudo y grande, con la camisa manchada de sangre.

—¿Pero no vamos a herir a nadie? —ella se asegura de preguntar.

—Sólo si nos toman del pelo —y Kalo la estaba tomando del pelo, porque él nunca ha herido ni podrá herir a nadie. Es sencillamente imposible, hay leyes muy poderosas que se lo impiden (¿has oído hablar de las leyes de la robótica?)

Atraviesan el pueblo y no se ve un alma. Llegan a la casita en donde la campana había sonado y tocan a la puerta. Les abre un niño de unos doce años, con la cara sucia y el pelo largo y rojizo. Se queda mirándolos. En una mano tiene un trozo de madera con forma de cabeza de caballo, en la otra un cuchillo con el que lo está tallando, sin detenerse mientras está en la puerta. Kalo tiene los brazos cruzados y la pistola escondida.

—¿Sabes hacer campanas, campanotas? —pregunta Kalo sin decir buenos días, ni ¿cómo está, todo bien? El niño se queda callado y acerca el trozo de madera para pulir las orejas del caballo.

—Pregúntale a él —le responde acercándole el caballo a la cara. Kalo mira el caballo, le sonríe y le pregunta lo mismo. El caballo abre el ojo izquierdo, abre el ojo derecho y aletea las orejas recién pulidas.

—Sí, sí sé hacer campanas, conozco todos los secretos —dijo el caballito relinchando.

—Te damos cinco Lluvias de bronce si nos construyes una campana grande como una casa, para la bella Nadia del Desierto de Hitia, a cinco horas de camino —le dijo Kalo.

—¿Tienen el permiso de MOVA? —susurró el caballito.

—Claro que sí —susurró Kalo mostrándole la pistola al niño y acariciándole la frente al caballo. El niño palideció y súbitamente el caballito perdió la vida, volvió a ser sólo de madera. Y el niño, que se llama I'văn, entró resignado a su casa y sacó una mochila con instrumentos. Siuzí lo miraba, no decía nada, Kalo silbaba, I'văn tallaba su caballo. Antes de montarse al carrocacharro sonaron once campanazos, pam pam, pu pam, pim pa pum pa pem pi pam.

—Cinco Lluvias de plata, no lo haré por menos —irrumpió I'văn, —y necesitaré diez obreros, arcilla de Zerkalo, acero de Coctó y empanadas de pipián para desayunar. Me voy a demorar diez días.

—Todo te será dado, porque nada es imposible para el Zam Adabi —dijo Kalo mirándolo por el espejo retrovisor, dándole una palmadita en la espalda a Siuzí mientras hacía rugir el motor del carrocacharro. En la radio Liz Paramur cantaba "Zorros fru fru en el fuego de la medianoche".

EPISODIO 7

LA CAMPANA DE NADIA II

Diez obreros, arcilla de Zerkalo, acero de Coctó. Bastó un llamado a Karter y todo llegó en menos de lo que canta un gallo. Se instalaron a trescientos metros de la casa de Nadia, abrieron un agujero en la arena, del tamaño de la casa y comenzaron a hacer el molde para la campana. Armaron un campamento con carpas de tela en donde podían pasar la noche, protegerse de la lluvia maldita y dormir durante el Salto del Ángel. I'vân dirigía a su equipo como un dictador.

—¡Rápido, más arcilla! ¡Tú, ve a traer un martillo y un cincel! ¡¿Quién dejó tiradas sus herramientas?! —gritaba I'vân, y seguro que no te gustaría trabajar para él.

—Y parecía tan noble... —murmuraba Siuzí.

—Quien bien te quiere te hará llorar...—replicaba Kalo, mirando hacia la casa de Nadia en la cima de una duna roja, bajo el calor del Soluno que hacía arder la piel.

El primer día, Kalo y Siuzí habían tocado a la puerta de Nadia y nadie respondió. Tenían una carta de la mano del Zam Adabi, para la bella Nadia, anunciándole el regalo que en diez días se volvería realidad. El segundo día tocaron a la puerta y pudo verse una cortina que se agitaba y dejaba entrever un par de grandes y brillantes ojos negros, parecidos a dos eclipses solares. Los trabajos de construcción avanzaban y los cantos de los obreros adornaban el silencio del desierto. El tercer día iban a tocar a la puerta y ésta se abrió.

La puerta se abrió y entonces pudimos ver a la bella Nadia del Desierto de Hitia. Sus ojos *eran* dos eclipses y así quedó Kalo petrificado, con una tonta sonrisa en su boca. El pelo negro y brillante como las teclas pequeñas de un piano, la piel dorada como el trigo, un ligero aroma de frutas frescas, a curuba, maracuyá y uchuva. No dijo nada, no sonrió, no parpadeó y sólo permaneció allí algunos segundos y volvió a cerrar la puerta.

—¡Qué muchacha más extraña! —dijo Siuzí enojada. —¿No lo crees, Kalo? —pero no hay ninguna respuesta. Kalo está hipnotizado. Su cuerpo está paralizado y lo recorren corrientes

eléctricas desde la punta de las uñas hasta la punta del pelo. Siuzí cree comprender lo que le está pasando a nuestro amigo, a pesar de que ella misma nunca ha sentido eso... Eso que la gente suele llamar “amor a primera vista” y que existe y es tan verdadero como tú o ellos o yo que te cuento todo esto.

Siuzí sabe, porque se lo han contado, porque lo ha leído en libros o porque lo ha visto en películas, que el “amor a primera vista” es una experiencia inigualable, pero muy dolorosa. Generalmente el “amor a primera vista” es sólo de un ser hacia otro. En este caso, sólo Kalo siente toda la electricidad en su cuerpo, mientras que la bella Nadia del Desierto ha permanecido indiferente.

Siuzí puede imaginar cómo se siente Kalo, porque ha tenido sueños en los que se reencuentra con su papá y por todo su cuerpo pasan hormigas y el corazón se le acelera tanto que le da miedo que se le desgarre. Cuando se despierta, aún está temblando de emoción. Para ella, por ahora, es lo más parecido a la sensación de Kalo. ¿Tú lo has sentido alguna vez, este impacto del “amor a primera vista”?

El cuarto día vuelven a la casa y la puerta ya está abierta. Es una casa pequeña, limpia, clara, con un salón que sirve de sala y de comedor, una cocina llena de condimentos y de frutas, una habitación al fondo que en este momento tiene la puerta cerrada, porque Nadia está escondida, sentada en su cama peinándose su pelo negro y mirando por la ventana cómo su gran Campana está siendo construida. Les ha dejado a Siuzí y a Kalo dos vasos de jugo de lulo sobre la mesa.

—Delicioso —suspira Siuzí pasándose la lengua sobre los labios para lamer los restos de espumita. —¿Cómo puede conseguir todo esto? —pregunta mirando las frutas bien organizadas en los estantes de la cocina.

—Regalos del Zam Adabi —responde Kalo, terminando su vaso—. MOVA cultiva frutas y las distribuye a los arzicanos. El Zam Adabi coge todas las que quiere.

—Será duro competir contra él, Kalo... —le dice ella maliciosa, recordando la reacción del día

anterior.

—¿Cómo así, querida? —pregunta él inclinando la cabeza de medio lado, ingenua pero honestamente, pues Kalo no conoce el amor y no tiene la menor idea de lo que le está pasando.

El quinto día la puerta está abierta, la mesa está servida con jugo de curuba, dulces de guayaba y empanaditas de pipián y con Nadia bien sentada esperándolos. Se limpian los pies en el tapete de la entrada, se sientan a tomarse sus jugos y Kalo saca la carta del Zam Adabi de su chaleco.

—Señora, es para usted —le dice Kalo a Nadia con una voz profunda, mirando al piso, entregándole la carta. Siuzí contiene una risotada, porque es ridículo y tierno ver a Kalo actuando tan caballerosamente. Nadia lee la carta, termina su vaso, muerde una empanada y vuelve a su habitación.

—¿Quisieras darle un beso? —pregunta Siuzí.

—¿Un beso? —y Kalo no miente. No sabe qué es un beso, pero Siuzí está convencida de que se está burlando de ella. Se quedan el resto del día allí sentados, mientras afuera I'vân le grita furioso a un obrero que perdió su martillo. Luego empieza, junto con su equipo, a rellenar el agujero con una estructura en madera y a hacer el molde de la campana con arcilla.

El sexto día, tomando jugo de maracuyá, Nadia le acaricia la mejilla a Siuzí. Kalo hubiera querido que lo acariciaran a él, pero no se atreve a pedirlo. Nadia se queda mirando a Siuzí, y a pesar de que es muda, en su mirada es muy claro lo que quiere decir, lo que pregunta y lo que siente. Siuzí comienza a contarle porqué está en Árzica.

—Latía Maya, mi tía, con quien vivía en Seucy —comienza a relatar —me dijo que hay una ciudad en el sur de Árzica, una ciudad llamada Coctó, en donde mi papá estuvo la última vez que se supo algo de él, hace seis años. Hace diez años que mi Malilí, mi mamá, murió durante las Guerras del Agua y no me acuerdo de ella, yo sólo tenía un año. Latía Maya no me cuenta nada, me dice que es muy doloroso y difícil recordar el pasado. Pero yo sueño con mi Malilí y con mi papá. Mi Malilí, aunque ya no vive, me habla en mis sueños. Mi papá, yo quiero creer que está vivo y que en Coctó

me pueden dar noticias de él, en la casa del Viejo Perezoso, un amigo suyo. Kalo me ha dicho que allá sólo se llega en avión y no tengo suficientes Lluvias, pero de alguna manera me las arreglaré. Por ahora seguiré con Kalo hacia el sur. Fue una verdadera suerte encontrarme con él, señora Nadia. Mírelo, ¿no le parece churro? —Nadia simplemente sonreía.

El séptimo día no pueden ir a ver a Nadia porque I'vân les pide ayuda en los trabajos de la campana. Kalo trabaja de mala gana. Sólo piensa en una cosa... Siuzí no entiende cómo Kalo, a sus dieciséis años, no sabe qué es un beso, si es verdad que no lo sabe. Lo que ella no sabe y nosotros sí, es que Kalo es especial, es un hijo de la guerra, de la ciencia y de la Corporación Mova, y está lejos de ser alguien común y corriente, aunque eso no le ha impedido caer embrujado ante la bella Nadia.

El octavo y noveno día trabajan todos juntos, algunos terminando el molde de la campana, otros en la estructura en madera que la va a sostener entre las tres palmeras y otros más preparando el fuego para fundir el acero y verterlo en el molde. Los nervios están excitados. I'vân grita más fuerte y parece no de doce sino de treinta años. Nadia observa la construcción sentada en su casa, desde la ventana. Kalo empieza a temer que la campana será terminada y se irán y no volverá a ver a Nadia nunca más.

El décimo día, en la mañana, el acero fundido se vertió en el molde y tomó la forma de la Campana de Nadia, con su rostro grabado sobre la superficie, según había ordenado el Zam Adabi. A I'vân le había bastado una mirada para retener el rostro de ella en su memoria. No quiso mirarla más, temeroso de sufrir lo mismo que le ocurría a Kalo; ya tenía suficientes angustias.

La enorme campana fue llevada entre los trece —los diez obreros, I'vân, Siuzí y Kalo— hasta el Oasis Tenfé y con lazos y poleas la ubicaron encima del agua, en medio de las palmeras. Tres ZamoS estaban presentes para la ceremonia de inauguración y uno de ellos filmaba la escena con mucha precaución, para poder mostrársela al Zam Adabi, en Fruidán, la capital, a casi 600 kilómetros de allí. En helicóptero hubiera ido en un par de horas, pero el Zam Adabi, importante y

siempre ocupado, no pudo estar presente al dar esta muestra de su amor hacia la bella Nadia del Desierto.

Llegó el momento de echar la campana al vuelo. Nadia salió de su casa y se quedó parada frente a la puerta. Kalo y Siuzí se tomaron de la mano. Los diez obreros respiraban profundo. I'vân sostuvo la soga para dar el primer campanazo de su creación. Tomó aire y agitó su brazo.

La campana sonó y para un sonido tan bello no hay palabras posibles... I'vân se dejó caer de rodillas y se puso a llorar. Sólo él sabía que nadie le había enseñado el secreto de las campanas, que su padre y su abuelo se fueron a la tumba sin alcanzar a transmitirle su sabiduría y que esos diez días fueron el primer y último gran acto de fe de su vida.

EPISODIO 8

LAS SOMBRAS SEDIENTAS

Nadia los llamó a todos, feliz con su campana escarlata. A cada obrero le entregó una fruta distinta. A I'vân le entregó un cuchillo para tallar la madera. A Kalo le dio un beso en la mejilla, lo tomó de la mano y le sonrió con dulzura; lo dejó noqueado. A Siuzí le entregó un mapa de Árzica, firmado por el Zam Adabi, distinto al mapa que ella traía de Seucy; en este mapa hay un puente para cruzar el Yuparí y llegar a Coctó por tierra.

Sentados en el carrocharro durante el Salto del Ángel, en pausa de la ruta de regreso hacia I'vîn para dejar a I'vân en su casa, con las sillas reclinadas y los ojos cerrados, Kalo e I'vân escuchan a Siuzí:

—Latía Maya tuvo un pretendiente a sus quince años. Era un niño de once años, que le mentía diciéndole que tenía doce y que muy pronto cumpliría trece. La llenaba de regalos en cada visita. Le dijo que estaba enamorado de ella desde el primer momento en que la vio. Le dijo que quería casarse con ella cuando fueran grandes.

—¿Terminaron por casarse? —pregunta Kalo.

—No, —responde Siuzí —porque una noche, durante una fiesta, Latía Maya conoció a otro muchacho, uno que nunca le había dado un regalo, ni le había dicho que estaba enamorado, ni le había pedido ni prometido nada, y sin saberlo, se enamoró de él.

—De pronto va a pasar lo mismo contigo y el Zam Adabi —intervino I'vân, quien estaba al tanto de la situación, la cual discutió a fondo con sus obreros durante las comidas, como si se tratara de una telenovela.

—De pronto —anhela Kalo.

Dejan a I'vân en su casa y Kalo le entrega las Lluvias prometidas. Nunca lo volverán a ver: esta fue la última campana que el pueblo de I'vîn construyó.

Kalo carga consigo el adelanto que el Zam Adabi le entregó por su trabajo, pero el resto, la mitad

faltante, tendrán que ir a reclamarla a Fruidán, a las oficinas de MOVA, en donde el Zam Adabi trabaja. Fruidán está a dos días de camino. La gran ciudad. La capital de Árzica. Será la oportunidad de ver a los amigos, de ir al cine, de buscar nuevas misiones, nuevas recompensas, y de beber algunas copas de Arazá. Kalo esconde bajo el asiento del carrocacharro sus preciadas Lluvias. Lo hace mientras Siuzí se despide de I'vân, porque ni siquiera en ella tiene mucha confianza. Suele ser el problema de los cazarrecompensas: es más valiosa la recompensa que los amigos.

—Podremos pasar la noche donde un amigo, si llegamos antes del Salto del Ángel —explica Kalo. Entre I'vân y Fruidán queda la finca de Igor el Tractorista, viejo conocido suyo.

—¿Y tendrá algo de comer para ofrecernos? —pregunta Siuzí, soñando con sentarse en una mesa, bajo el calor de un techo en la noche, tomando sopa caliente y pan tostadito.

—Seguro. Su esposa, Doña Celmira, cocina tan bueno que vas a querer comerte hasta las servilletas.

Kalo y Siuzí dejan un rastro de polvo larguísimo, porque van como un soplo. Siuzí mira por la ventana, saca un cuadernito y escribe notas sobre su viaje. Estudia el mapa que Nadia le entregó y lo compara con el que trajo de Seucy. Definitivamente son muy distintos.

—¿Cómo podré hacer para llegar hasta Coctó, Kalo? ¿Tú, de pura casualidad, no tienes alguna misión por allá? —le pregunta Siuzí con una vocecita inocente.

—Lo primero es confiar en que el mapa que te entregó Nadia sea auténtico. A mí me suena a una sarta de tonterías pensar en que haya un puente sobre el río Yuparí, cuando todos sabemos que son aguas malditas y que tan solo tocarlas te hacen tener pesadillas durante trece días hasta que te mueres. ¿Cómo construyeron ese puente sin tocar el agua? —dice Kalo mirando a Siuzí, manejando sin ver el camino.

—¿Tú has tocado esas aguas? —pregunta ella.

—Por supuesto que no; untado el dedo, untada la mano. No me interesa comprobar nada. Tres días de pesadillas serían una pesadillota, ¡imagínate trece! —dice él negando con la cabeza.

El Soldós se empieza a ocultar tras la Nube Nueve. Las tinieblas se apoderan de Árzica. Toda la actividad se detiene automáticamente. Los arzicanos aprovechan automáticamente de las tres horas de oscuridad para dormir. Kalo frena en seco y se parquea a orillas de la carretera, en un campo abandonado de hierbas secas, mitad desierto, mitad pradera. Siuzí quiere dormir pero Kalo insiste en mantener el radio encendido. A Siuzí le resulta extraño que él nunca esté cansado, que aunque lo vea cerrar los ojos, no parezca dormir.

—¿Vas a apagar el radio o me tocará dormir afuera? —pregunta enojada.

—Te tocará dormir afuera. Pero ve por la sombrita, que las tinieblas atraen seres peligrosos — responde él, subiéndole a la música, cantando apasionado una canción que le recuerda a Nadia y le inflama el pecho de tristeza. Al menos eso se dice él que le gustaría sentir y por eso le sube aún más el volumen.

Siuzí sale con una cobija en sus hombros y camina un minuto, guiada por una linterna. Se acomoda en medio del campo y se arroja con la mitad de la cobija. Una hora después siente ganas de hacer pipí. Sueña con grandes ríos y cascadas. No aguanta más, coge la lámpara y se refugia entre los cactus.

Kalo escucha un grito y se ve obligado a bajarle a la música. Va en busca de Siuzí y sólo encuentra la cobija. Él no necesita de linterna, pues desde que recuerda, puede ver en la oscuridad con la misma claridad que durante el día. Sigue los gemidos que se esconden detrás de los cactus y al acercarse, llevándose la mano a la pistola, ve a Siuzí flotando con los brazos abiertos, con la espalda contra las gruesas espinas de un cactus, y dos brazos negros que la sostienen en lo alto. No puede ver a quién pertenecen los brazos, pero sabe de qué se trata: son las Sombras Sedientas, los ladrones de la noche, que sólo aparecen en los caminos durante el Salto del Ángel. ¡Qué mala suerte!

—Las Lluvias o la niña —suspira una voz detrás de los cactus. Menos mal es una voz y no tienes

que verles la cara a estas Sombras Sedientas, porque están secas y achicharradas, no dan absolutamente ningún bonito espectáculo.

—No tenemos Lluvias —grita Kalo, mirando a Siuzí, quien en la penumbra, ciega, tiembla de miedo y mueve su cabeza buscando de dónde viene la voz de Kalo. Las manos que la sostienen son frías y ásperas, como un viejo cuero de vaca secado al sol.

—Entonces despídanse —declaró una segunda voz. Los brazos de las Sombras Sedientas se alargaron lentamente, elevando a Siuzí a más de tres metros del piso, tomando impulso para impactarla contra las gordas espinas del cactus. A pesar de la distancia podían oler las Lluvias bajo el asiento del carrocacharro y sabían la cantidad exacta que había escondida.

—¡Kalo! ¡Kalo, ayúdame! —gritaba nuestra pobre amiga en lo alto, indefensa e impotente. Cuando los brazos de las Sombras Sedientas comenzaron a bajarla a gran velocidad, cuando Siuzí lanzó un grito tan fuerte que la hizo desmayarse, Kalo comprendió que si no entregaba sus preciosas Lluvia su compañera de viaje moriría.

—¡¡Paaaren!! ¡Ya vengo, tengo mis Lluvias en el carrocacharro, las traeré todas! —dijo Kalo resignado, pues sabía que a las Sombras Sedientas no se les podía mentir. Cuando estaba buscando la bolsa de Lluvias bajo el asiento, un pensamiento le pasó por la mente: “¿Y si me voy ahora? ¿Si enciendo el motor y arranco a mil? Después de todo, a Siuzí hace tres semanas que la conozco...”

EPISODIO 9

IGOR EL TRACTORISTA

Mira, mira esos dos bultos sobre la carretera. Ella viene con la boca resquebrajada por el sol. Él viene con un brazo vendado, recostado en el hombro de ella.

—No puedo más, Kalo —dice Siuzí con mucho esfuerzo, con la boca empalagosa. —¿Nos falta mucho para llegar?

—Unos kilometricos... —responde Kalo levantando la mirada, buscando la casa de Igor el Tractorista en el horizonte.

—Tengo mucha sed —le dice ella.

—¿Más que de costumbre? —pregunta él.

—Mucho más. Voy a desmayarme —y Siuzí comienza a desgonzarse.

Hubo un tiempo cuando todo el mundo vivía en tranquilidad y no estaban solos. No eran totalmente felices porque nunca faltaban problemas, pero tampoco era necesario ser feliz todo el tiempo. La vida consistía en estar con la familia y los amigos, buscar todos los días un poco de felicidad, dejarla que se desvaneciera en las noches y esperar el día siguiente para comenzar de nuevo. Así era la vida en Árzica.

¿Creíste que Kalo dejaría tirada a Siuzí? Ganas no le faltaron, especialmente cuando sostuvo las Lluvias en la mano y pensó en el tiempo y el esfuerzo que le tomaría ganar otra vez una cantidad semejante, pues no todos los días el Zam Adabi proponía misiones tan jugosas. Pero fue más fuerte algo desconocido en él, algo para lo cual no conocía la palabra: ¿solidaridad?, ¿obligación?, ¿lástima?

Después del Desastre la vida se endureció y sobrevivir ya era bastante difícil como para pensar en los demás. Todos los días se alcanzaba un poco menos de amargura, pero cualquier cosa parecida a la felicidad estaba dispersa en el aire, inalcanzable para nadie. Siuzí no la veía. Kalo percibía algo —como unos átomos flotando— y los agarraba fuertísimo y se alimentaba de ello. Ahora, mientras

duermen en medio de la nada, recuerda uno de esos días en que le pareció recibir no átomos sino bultos de felicidad. Quiere contárselo a Siuzí pero ella duerme profundo. Entonces nos lo contará a nosotros, pero muy tranquilo y calladito:

“Estaba atravesando el Desierto de Hitia hace varios años. ¿Lo conocen? Deberían ir, se ven las estrellas más grandes y la arena más roja. Yo me dirigía hacia Fruidán siguiendo la antigua ruta de arena, caminando, después de caerme de una motochancleta y dejarla hecha chatarra. El Salto estaba inminente sobre mi cabeza, así que me recosté en una tabla vieja que servía como paradero de buses. El totazo que me di en la cabeza me había afectado mis mecanismos internos y tenía la vista especialmente dañada; no podía ver en la oscuridad, como de costumbre, y la noche me aterró.

Un frío como el de un río lleno de truchas me hizo temblar las piernas y no podía poner mi cuerpo en estado de hibernación. No sé porqué, habrá sido el accidente, pero me estaba muriendo de susto. ¿Se imaginan estar en medio de la nada, escuchando los sonidos de mil animales a su alrededor, solos y desprotegidos? Yo que nunca me había sentido solo, me di cuenta de que no tenía a nadie: ni padre, ni madre, ni perrito que ladre.

Pasó un rato y yo, Curán Kalo, allí, aguantando, esperando a que volviera la luz para seguir adelante, cuando un rugido se empezó a formar en la distancia. Un rugido así: brrrrrrrr, brrrrrrr, brrrrrrrr. Una y otra vez, más y más cerca. BRRRRRRR!!! Cinco minutos después la tierra debajo de mí comenzó a temblar, a temblar tanto que la tabla se rajó y me caí al piso. No supe para donde correr y ya me estaba ensordeciendo el rugido cuando aparecieron dos ráfagas de luz en el camino y me quedé hipnotizado viéndolas venir hacia mí. Yo pensé que en ese caso demostraría mi valentía de siempre, pero creo que ese lugar ocasionó algo desconocido en mí y simplemente me quedé paralizado, tullido.

Cuando la luz llegó y se detuvo, el suelo dejó de sacudirse y una voz grave, peluda y lenta, como si un hablara un oso, dijo: “Los buses no andan a estas horas, pero los tractores sí.” No dije nada, sólo moví la cabeza de arriba abajo. El señor de la voz atravesó el rayo de luz de un salto y cayó a

mi lado como un supermancancán. “¿Sabes de dónde sale la luz de mi tractor? De las luciérnagas.” Le dije que eso era fascinante, maravilloso, interesantísimo y se quitó el sombrero negro, grande cual un paraguas, y el señor, alto y flaco, tenía bigote, un overol marrón y al sonreírme vi sus dientes amarillos. “¿Quieres ir conmigo en el tractor a mi casa? Celmira está preparando sopa. ¿Sabes que el combustible de mi tractor es sopa?”

No tenía nada que perder, pues de quedarme en esa tabla rota vendrían personajes quizás menos pintorescos pero de pronto más dañinos. Su casa estaba muy cerca y en el camino nos topamos con otros como él, recorriendo los caminos en sus tractores alumbrados por luciérnagas.

La casa tenía el techo bajo y era muy fresca. Doña Celmira era una señora regordeta y de cachetes rosados. Me abrazó como si fuera su hijo. El señor de los bigotes se llamaba Igor y era un Tractorista. Alguna vez había escuchado hablar de ellos pero creí que era puro cuento de los caminantes. Los Tractoristas quieren a su tractor por sobre todas las cosas, pues con él labran la tierra y de allí sacan su alimento. Los Tractoristas pasean en su tractor los paisajes de Árzica y nada les place más que contemplar árboles y praderas. Pero quedan pocos, nunca se acercan a la gente y por eso son una leyenda.”

Así fue como Kalo conoció a Igor el Tractorista. Siuzí no ha escuchado nada, se ha desmayado. Kalo la sostiene y la carga. La levanta, como lo hacen los príncipes con sus princesas en los cuentos de hadas. Siuzí entreabre los ojos y se consuela de tener quien la cargue ahora que las fuerzas la han abandonado. Sueña que es su papá el que la está cargando.

Ya han dejado atrás el desierto, pero la tierra que tienen por delante está lejos de ser fértil y exuberante. Son campos amarillentos y secos, con árboles de pocas hojas y casi ningún fruto, y grandes rocas marrones parecidas al popó de un conejo gigante. Muy lejos, al sur, alcanza a verse el Pico de Sux, la gran montaña de Árzica.

Seis horas después, con Siuzí todavía en sus brazos, Kalo reconoce las tierras de Igor el Tractorista. La hierba es clara como el verde de una pera, los árboles tienen hojas rojas como el

interior de una patilla. Y algo más: por aquí y por allá se ven algunos brotes de guadua, muy pequeñitos pero sólidos. ¿Conoces la guadua? Esa planta larga parecida a un grueso pitillo de gaseosa de varios metros, que canta cuando sopla el viento... y que en Árzica está prohibida. Está prohibida por MOVA. La corporación MOVA dice que es una planta que impide el crecimiento de la vegetación, que se roba todo el alimento y el agua de las demás plantas y que después del Desastre, lo más importante es reconstituir rápidamente la flora. La prohibición conllevó la ilegalidad y la creación de peligrosas bandas de traficantes de guadua, y el remedio está resultando peor que la enfermedad.

Igor el Tractorista, sentado en su mecedora, se dedica a recorrer mentalmente sus plantas favoritas. Reconoce a Kalo a la distancia, da un salto y sale corriendo a su encuentro.

—¿Qué nos trae el Soldós en esta tarde? —pregunta Igor mirando a Siuzí. —¿Acabas de casarte?

—¡Compadre Igui! ¡Le da gusto a estos ojos volverlo a ver! —responde Kalo con una sonrisota.

—Pero mi amiga está muerta de sed. ¿Podemos encargarnos?

—No faltaba más. ¡Celmira! ¡Agua para una niña sedienta, mi corazón! —llamó a su esposa, doña Celmira, con tres pececitos dibujados como tatuajes en su rostro y una trenza de pelo que le arrastra tras los pies. Todos los días se dibujaba cosas distintas sobre su cuerpo, diseños muy bellos.

Llevaron a Siuzí al cuarto de huéspedes y doña Celmira se ocupó de ella, le dio agua, agua clara, le refrescó la frente y se sentó a su lado. Igor el Tractorista y doña Celmira nunca tuvieron hijos.

EPISODIO 10

POLLO ASADO CON ARROZ

En la mesa, tras saciar su sed, Kalo le cuenta a don Igor que después de entregarles las Lluvias a las Sombras Sedientas, Siuzí no abría los ojos. Tan grande había sido el susto. Mientras esperaba a que Siuzí se recuperara, escuchó el motor del carrocacharro y sólo pudo ver el rastro de polvo en la pradera. Salió corriendo detrás, corrió mucho, muy rápido y se estaba acercando, pero el carrocacharro frenó en seco, girando al mismo tiempo, y lo embistió, lo atropelló y lo hizo dar volteretas en el aire. Se partió el brazo derecho en la caída.

Con el robo del carrocacharro se perdieron un par de botellas de agua, llenadas con la última Lluvia de plata. Siuzí conservaba su mochila, pero Kalo no tuvo tanta suerte. No dijo nada sobre aquel instante de duda, cuando pensó en abandonar a Siuzí para salvar sus Lluvias.

El Soldós llenaba la casa de una luz color yema de hueva. Doña Celmira despertó a Siuzí para la cena y adormecida llegó hasta la mesa. El menú consistió en: un pollo asado con papas saladas, arroz con fideos ligeramente fritos, una ensalada de lechuga, tomate y cebolla, y jugo de arazá para todos. Siuzí y Kalo estaban en el cielo, pues su comida de todos los días era siempre enlatados de MOVA, y el sabor de una comida recién preparada no tiene punto de comparación.

—¿Está rico? —les preguntó doña Celmira.

—Mi doña... —respondió Kalo con la boca llena de papas y con una hoja de lechuga desbordándole los labios —le voy a dejar el plato tan limpio que no va a tener que lavarlo.

—Sí, sí —decía Siuzí revigorizada, mientras untaba una papa con poquito de mantequilla.

—Mañana les mostraré mis obras —comenzó Igor el Tractorista —y arreglaremos un transporte para que puedan llegar a Fruidán. ¿Tú también vas para allá, mi niña? Sí... Kalo me lo ha contado todo, me ha dicho que quieres llegar a Coctó y que tienes un mapa... Quizás no estás tan loca como él cree. Mira esos tomates y esas lechugas, Kalo, ¿de dónde crees que vienen? De aquí, de esta finca. ¿Y de dónde crees que sacamos el agua, Kalo? No es de MOVA y sus Lluvias miserables. Es

de la tierra, del fondo de la tierra.

—¿Y no es agua maldita? —preguntó Siuzí.

—Eso es lo que dicen, pero Celmira y yo, que somos unos viejos y toda la vida hemos sido campesinos, incluso antes del Desastre y de las Guerras del agua, decidimos que era mejor morir tomando agua maldita que morir de sed. Y esta es la hora en que nada nos ha pasado. Es más, yo me siento rejuvenecido y miya también, ¿no es cierto? —dijo mirando a doña Celmira.

—Sí mijo —respondió ella. —Es que los muchachos de ahora y esos de MOVA están como locos, cuidándose de todo, asustados de todo.

—¿Y ustedes le han dicho a alguien más que el agua subterránea no es mala? —preguntó Siuzí.

—Hace tiempo le dijimos a unos amigos que viven en Kat para que hicieran el intento, que sembraran guadua para atraer el agua de la tierra —continuó don Igor —pero nos miraron como si estuviéramos hablando de planear un atentado con dinamita. Me acuerdo que dijeron “MOVA nos advierte lo que nos puede pasar. La guadua no deja crecer las demás plantas y el agua maldita nos traerá trece noches de pesadillas y la muerte después. MOVA es algo serio, no hay que correr riesgos innecesarios” y allí terminó la discusión. Lo cierto es que no me importa lo que pase con los demás... Si quieren seguir tomándose las goticas de agua que MOVA les da, allá ellos. Nosotros también recibimos cada mes nuestras Lluvias de MOVA y les damos parte de nuestra cosecha. Pero la otra parte, la mejor, de la que estamos comiendo esta noche, esa está bien escondida.

—O sea que tiene guadua sembrada... La famosa y peligrosa guadua... Andreas tuvo que irse de Árzica por su culpa, ¿no? —preguntó Siuzí mirando a Kalo.

—Por un crimen que no cometió —dijo Kalo, imitando a un dramático actor de telenovela, mirando al techo—. De noche todos los gatos son pardos y Andreas se parece mucho a uno de la banda de los Trafiguaduanes, unos traficantes de guadua de Coctó, para donde tú vas. Salió en la televisión y desde hace años le toca andar disfrazándose y huyendo.

—La guadua... —continuó don Igor—. Famosa, sí. Peligrosa, no. Son cuentos de viejas

chismosas eso de que es mala para las plantas. Te la mostraré, pero no puedes decirle a nadie sobre mi cultivo. Para ti será tan malo como para mí si los ZamoS de MOVA se llegan a enterar. Me imagino que nos harían pasar el resto de la vida en un hotel o, peor aún, pasarnos a la eternidad en las aguas del río Yuparí o el lago de Enson.

—Prometido —aseguró Siuzí.

—Kalo fue quien nos trajo los primeros tallitos —dijo don Igor—. Los guardó tras capturar a un bandido de Zerkalo que les daba mal uso: fabricaba pistolas y bodoqueras con la guadua. Este Kalo... es un buen muchacho, mi niña. Me gusta cuando viene a visitarnos. La última vez le arreglé unos circuitos que le estaban fallando.

—Me imagino... A Kalo algunas veces le faltan unos tornillos —sonrió Siuzí terminando su vaso de jugo de arazá.

—Kalo —continuó don Igor—, de ese brazo nos encargaremos ahora mismo, creo que tengo todas las herramientas necesarias. Pero muéstranos la reparación de la última vez, ¿sí quedó bien hecha?

Entonces Kalo se puso de pie, se levantó la camisa, se puso el dedo en el ombligo y su pecho se abrió en dos, dejando entrever un interior mecánico, lleno de circuitos y de válvulas de alta tecnología. Siuzí saltó de la mesa y se quedó mirando. La palabra MOVA estaba grabada sobre un cilindro de titanio, ese era su corazón.

—¿Por qué el susto, niña? —preguntó doña Celmira— ¿No sabías que MOVA también fabrica androides?

—No... no... ¡no sabía que era un androide! —dijo Siuzí, completamente pálida—. Kalo, ¿por qué no me lo dijiste?

—Pensé que era evidente —respondió él—. Yo no te pregunté si eras niño o niña, o si eras niña o gato. Además, en Árzica luchamos por la igualdad. ¡Viva la igualdad para los androides!

—¡Viva! —respondieron a coro don Igor y doña Celmira.

Y Siuzí, engendrada en Árzica pero nacida en Seucy, país en donde los androides habían sido prohibidos después del Desastre, no salía de su asombro de conocer finalmente a uno de esos seres sobre los que tanto había escuchado hablar antes de emprender su camino. Y pensar que llevaban viajando un mes juntos...

EPISODIO 11

GUADUA

Salieron con el primer campanazo en la mañana, cuando el Soluno comenzaba a remontar el cielo y a calentar la tierra. Igor el Tractorista manejaba el tractor y montados a lado y lado, Siuzí y Kalo, atravesando un campo seco de maíz. Media hora después, todo se fue volviendo más verde y penetraron en un bosque espeso, iluminado por finos haces de luz por donde trepaban las libélulas.

—Saluden a los pájaros —y don Igor les mostró cómo silbar melodiosamente. Algunos pájaros respondían a sus silbidos con dulces silbidos; otros, con chiflidos de plaza de mercado, agitados durante el desayuno, alimentando a sus crías. Don Igor apagó el tractor y continuaron a pie, adentrándose en el bosque verde—. ¿Habías visto árboles tan grandes y verdes?

—Sí, en Seucy tenemos árboles así —respondió ella—. Todos se preocupan mucho por cuidarlos y después del Desastre, ni se diga. Pero de Árzica, lo que me acuerdo (porque antes de comenzar a viajar leí mucho sobre este país) es que sólo el bosque de Zerkalo se mantenía grande y frondoso. Vi fotos de las praderas de Aliz en un libro y había pequeños bosques, pero no tan espesos como este.

—Hace veinte años, cuando el Desastre ocurrió —comenzó don Igor, mientras caminaban entre ramas y flores, gusanitos y mariposas—, una gran parte de la vegetación se secó. Fueron días oscuros, terribles. Todos estábamos desesperados, angustiados, sin saber si las cosas volverían a la normalidad. Cuando por fin, tras varias semanas de tinieblas, la luz comenzó a regresar, tuvimos esperanza nuevamente. Este bosque no es sino una pequeña parte de lo que era hace veinte años, y sólo desde hace cinco años ha retomado tantas fuerzas...

—Hace cinco años que te traje los primeros tallitos de guadua —intervino Kalo.

—Precisamente —afirmó don Igor y en ese momento, como si salieran de una cueva, la luz se desbordó y les llenó los ojos—. ¡Miren, mis niños! ¡Guadua angustifolia bicolor! ¡Es mi obra! ¡Son mis guadas! ¡¡Mis guadas!!

Llegaron a un claro en medio del bosque, donde se escuchaba un rumor de agua corriente, donde el viento le silbaba a los pájaros una melodía eterna, que los llenaba de paz y tranquilidad, de vida y de fuerza: era la guadua, alta y delgadita, con hojas verdes como las plumas de los loros y las guacamayas, con raíces tan sólidas como el cemento de las calles de Fruidán, raíces que se expandían formando un entramado que día a día, como un grupo de amigos tomados de la mano, exploraban más lejos y más hondo las profundidades de la tierra y encontraban eso que se volvió tan escaso y que era, sin embargo, tan esencial: el agua.

Una quebradita estaba naciendo justo al lado, parecida a los arroyos que surgen de las montañas, en lo alto de las cordilleras, y que originan los ríos que luego atraviesan países enteros, llevando consigo la vida: el agua para el consumo y para la agricultura, los peces, los minerales y los nutrientes para alimentar el Planeta, hasta llegar al mar, al Océano.

Se sentaron junto a la quebrada y don Igor sacó un salchichón del bolsillo. Cortó tres rodajas y las repartió. A lo lejos se escuchó una campana y su melodía se mezcló con la música de los guadales y con el canto de los pájaros. Se recostaron en la hierba y Siuzí comenzó a silbar una canción, para unirse a la orquesta. Su melodía hizo llorar a don Igor. Kalo no había sido diseñado para llorar.

—Soñé con esta música y con este momento —dijo Siuzí, mirando al cielo entre las hojas—, pero no pensé que sería posible sentir la tranquilidad que siento ahora. Mi Malilí debe haber pasado por aquí algún día, tomada de la mano con mi papá, cuando se conocieron y se enamoraron. Él la perseguía por entre los árboles, ella corría y se ocultaba riéndose. De pronto aquí, sobre esta hierba, se dieron su primer beso.

—Yo quisiera aprender a soñar... —suspiró Kalo, para quien los sueños eran un total misterio.

—Y tu mamá y tu papá, ¿los dejaste en Seucy? —preguntó don Igor.

—Mi Malilí —cuenta Siuzí cerrando los ojos— se murió hace nueve años durante las Guerras del Agua, me contó Latía Maya, mi tía. Yo tengo once. Ella dice que fue por culpa de mi papá que

mi Malilí se murió, porque él nos dejó durante las Guerras del Agua para irse a combatir. Y cuando mi Malilí se fue a buscarlo, le cayeron bombas y balas encima. La recuerdo en mis Sueños, pero no sé... algunas veces no sé si son realmente recuerdos o deseos.

—O las dos —dijo don Igor.

—Y mi papá, hace seis años que se fue. Latía Maya no lo quiere y no le gustaba la idea de que yo viniera a Árzica a buscarlo. Dice que es un país de locos y que por él no vale la pena correr el riesgo. Pero yo sé que vale la pena y estoy seguro de que él no es malo, ni me abandonó. Quiero encontrarlo o por lo menos saber qué le pasó.

—¿Tienes alguna pista? —preguntó don Igor.

—Sólo una —respondió ella—. En el sur, al otro lado del Yuparí, en la ciudad de Coctó vive un oso, lo llaman el Viejo Perezoso. Latía Maya me confesó que hace cinco años recibió una carta del Viejo Perezoso en donde le decía que fuéramos a verlo, que él tenía cosas importantes para decirnos. Pero ella quemó la carta, porque no quería que nos fuéramos a buscar a mi papá, “ese hombre que nos ha causado tantas desgracias”, decía ella.

—Yo conocí a un oso de Coctó, hace más de treinta años... —dijo don Igor—. Peleamos juntos al inicio de las Guerras del Agua. Lo llamaban el Muchachoso. Se lo pasaba hablando de su ciudad, de cuánto le gustaría volver a su casita, en la Plaza de los Gemelos. Si todavía está vivo, podrías ir a buscarlo, le dices que lo saludo y le preguntas si conoces al Viejo del que hablas.

—La Plaza de los Gemelos —repitió Siuzí.

—Yo de Coctó sólo sé —comentó Kalo— que es un nido de villanos, de gatos y de osos traficantes de guadua y de fábricas de MOVA que llenan de humo el aire. ¡Cheverísimo!

—Y yo —continuó don Igor—, que allá muchos han hecho como yo y están sembrando guadua. Que están construyendo con ellas sus casas y sus cosas, y no las porquerías prefabricadas de MOVA. Y sobre todo, que están tomando el agua de la tierra, la que MOVA nos dice que está maldita. Parece que al otro lado del Yuparí son más tercos...

Terminaron el día en casa y Kalo se ofreció para cocinar. Doña Celmira, Igor el Tractorista y Siuzí se sentaron en el jardín, tomando limonada fría. Doña Celmira le propuso a Siuzí una sesión de embellecimiento. Con mucha pericia, en menos de diez minutos, después de lavarle el cabello con champú de miel, de peinárselo y consentírselo, le hizo la trenza más bonita de Árzica y de pronto del Planeta. En su mejilla derecha le pintó tres finas y cortas líneas horizontales de color morado oscuro; en la cumbamba, dos verticales. Siuzí sintió fuerza y delicadeza en su cabeza; claridad y música en su cachete y su mentón.

Kalo resultó ser un excelente cocinero, muy profesional con su delantal, a la hora de cortar los ingredientes y de medir los tiempos de cocción. Era la clase de cosas que él no comprendía sobre sí mismo: nadie, nunca, en ninguna parte le había enseñado a cocinar. Sin embargo, lo hacía como un maestro. Ahora sabemos que en él se encontraban acumulados, como en una gran biblioteca ambulante, los conocimientos y las habilidades de muchas generaciones. MOVA, al construir sus androides, se había esmerado en hacerlos lo más parecidos a los seres humanos, lo más justos y sabios posibles, para que pudieran ayudar al país y al Planeta a su recuperación después del Desastre.

Kalo, sin embargo, era especial, pues aparentemente no estaba bajo el dominio de ningún propietario. Perteneciente a una serie de androides antigua, lograba pasar desapercibido la mayor parte del tiempo, irreconocible bajo su cuerpo de muchacho, idéntico a los hombres en lo fundamental pero incapaz de soñar, de amar o de llorar como ya lo hacían los androides de última generación.

En la mañana siguiente, con el Soluno y algunas nubes anaranjadas en el cielo, Kalo e Igor el Tractorista se dedicaron a la reparación de un tractor rojo, mediano. Cuando el Soluno estaba en lo alto, cubierto por la Nube Nueve, y el Soldós aparecía en el horizonte, llenando a Árzica de una luz violeta y cálida, Igor y Kalo terminaron su trabajo.

Doña Celmira les preparó dos botellas de jugo de tamarindo y dos raciones de comida envueltas

en hojas de plátano —curiosas plantas que crecían en el bosque, junto a los guaduales—. Siuzí se despidió triste, sin muchas ganas de dejar atrás el lugar más parecido al paraíso que hasta ese momento había encontrado en Árzica. Kalo dijo adiós riendo y diciendo “¡Nos vemos en el espejo!”, manejando el tractor rojo que trepidaba como un perro sacudiéndose el agua después de la lluvia.

Igor el Tractorista los vio alejarse despacito —a 30 kilómetros por hora, porque el tractor no daba para más—, abrazado a su señora, implorándole al cielo y a las estrellas, a los Ángeles y a los ZamoS, que la vida les aguardara buenas cosas a ese par de viajeros, con tantos años, esperanzas y sueños por delante.

EPISODIO 12

LIZ PARAMUR EN CONCIERTO

El viaje dura dos días. Dos días del tractor rojo, lento y tembloroso, pero eficaz y a su propio ritmo, como un burro grande y fiel. Siuzí y Kalo vuelven a ver cómo la tierra verde de la finca de Igor el Tractorista se transforma en tierra seca y amarillenta, cómo los árboles vuelven a escasear y el aire se llena de polvo y de calor.

Al lado del camino hay casas abandonadas de las que sólo quedan los marcos de las puertas y las ventanas. Hay carros y bicicletas oxidadas, lavadoras mohosas, máquinas de coser y neveras vacías y malolientes. A Siuzí le impresiona mucho este panorama, en medio del calor del Soluno, escuchando campanas que dan tristes gemidos apenas perceptibles. No hay rastros de seres vivientes, ni de lagartos, ni de gatos, ni de niños, ni de pájaros.

Después del Desastre, la población se desplazó masivamente hacia las ciudades. Los pueblos están cada vez más abandonados y en los campos sólo un puñado de campesinos se resiste a abandonar la tierra. Pero no todos tienen la misma suerte que don Igor y pueden comer frutas frescas o tener agua y comida en abundancia. Para la gran mayoría la vida es dura y todo es escaso, trabajan para MOVA y reciben sin falta sus Lluvias cada mes, pero no pueden permitirse jugos y limonadas, pollos asados y papas saladas; esos son lujos para un arzicano común y corriente, que debe medir cada gota de agua y abrir un lata de comida diaria, un pedazo de pan o de arepa, todo ello celosamente administrado por los ZamoS para que no haya inequidad, pero tampoco tráfico de alimentos extranjeros.

La primera noche, Siuzí y Kalo están a medio camino de Fruidán, la capital de Árzica, la gran ciudad en donde viven, después del Desastre, las tres cuartas partes de los habitantes del país. Es una ciudad gigantesca, monstruosa. Una valla gigante recibe a los viajeros: “El Ángel vertió su copa sobre los ríos y sobre las fuentes de las aguas, que se hicieron sangre. El agua está maldita.”

Tiene rascacielos que miden 500 metros de alto y crecen como nos crecen las uñas. Algunos piensan

que alcanzarán más de un kilómetro. Tiene autopistas de dieciséis carriles, ocho en un sentido y ocho en el otro. Hay estadios en donde más de 300.000 arzicanos pueden ver sus partidos de fútbol y sus conciertos.

Fruidán, la capital. Fruidán, la sede de MOVA. Fruidán, a donde nuestros amigos llegan extenuados, con ganas de recostarse y tomar una siesta tranquilamente. Pero en Fruidán no hay parques con pasto verde ni con árboles para tener un momento de reposo. Tampoco hay bibliotecas ni iglesias para tranquilizar el espíritu. Ni mucho menos se puede esperar que alguien tenga un gesto de solidaridad si te encuentras en apuros. En Fruidán, ¡cada quien se defiende por sí mismo!

Sin embargo, Kalo conoce bien la ciudad y sus rincones secretos, sus cafeterías y sus bares. Sabe que en la cafetería de Madame Sidoní encuentra siempre caras conocidas, colegas que le ayuden a conseguir otro carrocacharro y que lo hospeden durante el tiempo necesario.

Cuando entran a la ciudad, recorriendo la Autopista de Escarcha, donde todos los carrocacharros van a mil por hora, Siuzí, con los ojos como un par de soles, le dice a Kalo que vayan más despacio, que no quiere perderse de nada. Kalo, muy obediente, reduce aún más la velocidad del tractor rojo, y detrás de ellos se forma una fila larguísima que pronto explota en pitos y en groserías de los demás conductores.

Siuzí, de pie sobre el tractor, hace la entrada triunfal en Fruidán. Mira los rascacielos, los almacenes con sus luces de neón, las calles y las casas, el cielo rojo, las grandes vallas de publicidad. En tan sólo veinte años, esta ciudad que prácticamente fue reducida al polvo durante las Guerras del Agua, se ha convertido en la imponente capital de Árzica. Y esta noche, amigos y amigas, para celebrar, ¡vamos al concierto de Liz Paramur!

—¿Vamos, Kalo? —implora Siuzí.

—No faltaría más. ¡Claro que sí! —le responde—, pero antes vamos a echar lora a la cafetería de Madame Sidoní, estirar las piernas y tomarnos unas copitas de Arazá.

Llegaron en el tractor rojo hasta la calle de la cafetería, se parquearon y caminaron hasta la

puerta. Tenían las piernas adormecidas y la ropa polvorienta.

Madame Sidoní saludó muy contenta a Kalo, con la voz áspera con que hablarían los kiwis y los chontaduros. En realidad no era una mujer sino una ondina (una de esas ninfas acuáticas que por amor a un arzicano había abandonado su hábitat), con grandes ojos verdes y una pelusita rubia cubriéndole la cabeza, vistiendo un pantalón de sudadera, una camiseta a rayas y un delantal con dibujos de frutas.

—¡Je je! ¡Kalo! —dijo Madame Sidoní.

—¡Qué gustazo! ¡Dos Arazás, querida mía! Mira, es mi placer, mi orgullo y mi éxtasis presentarte a... ¡Siuzí! ¡Siuzí, la niña del Desierto, la hija de Seucy, la viajera incansable de los siete Planetas y sin maletas! —le gritó Kalo eufórico a Madame Sidoní y a todos los que tranquilamente tomaban sus jugos y comían sus onces.

—¿Cuánto hace? ¿Tres meses? —preguntó la bonita ondina.

—Tres. He estado ocupado... mucho camello —respondió él—. Construí una gran campana en el Desierto de Hitia, para la enamorada del Zam Adabi. Y hablando del rey de Roma... si el Zam Adabi fue a ver como quedó la campana y le gustó, debe haberse encargado de solucionar el enredo en el que andaba Andreas. ¿Se sabe algo?

—Sí sí. Ya anda por aquí. Volvió de la Colonia 23 hace una semana y según parece ya no tiene problemas con la justicia. Sin embargo, sigue disfrazado, como siempre. Es cierto que para los gatos sigue siendo difícil estar tranquilos con tanta mala fama que tienen, que traficantes de guadua, que ladrones, que rebeldes. Y nuestro Andreas, que aparte de rebuscarse las Lluvias no se atreve a matar ni una mosca, el pobre... Esta mañana pasó y dijo que se iba al cine. La película se termina en una hora, pueden ir a esperarlo a la salida.

—Y de Tina, ¿se sabe algo? —pregunta Kalo.

—Mmm... —Madame Sidoní se acercó y le susurró al oído—, parece que está en Kat, al otro lado del Yuparí, en un “hotel” de MOVA.

Eso que Madame Sidoní llama “hotel” de MOVA es un gran misterio para todos los arzicanos. Así le dicen a un lugar al que llevan a quien tiene problemas con la justicia, con el gobierno o con las leyes. Allá puede pasar días, meses, años, o nunca regresar. A los arzicanos les preocupan estos “hoteles” de MOVA, pero se reconfortan con la idea de que sea un hotel, con habitaciones, restaurante, piscina, gimnasio... Aunque nadie está seguro de eso, porque no se permiten las visitas. De cualquier forma, si alguien es llevado a un “hotel”, el suministro de Lluvias y de alimentos para su familia no disminuye, entonces en casa se repartirán el vaso de agua y la lata de comida del ausente. Hay que verle el lado bueno a todo, comentan los arzicanos, aunque muchos se muerden la lengua al decir esto.

Siuzí y Kalo se tomaron sus Arazás, comieron las famosas empanadas de Madame Sidoní y se fueron al Cinema Solaris a esperar a Andreas. Kalo quería sorprenderlo y se escondieron detrás de un poste de luz, al otro lado de la calle. Vieron salir a muchos espectadores: tres niños calvos, un armadillo con un libro bajo el brazo, dos ancianas solteronas cogidas de la mano, un cóndor en silla de ruedas, un jaguar con sombrero negro, gafas oscuras y gabardina verde, un gallo muy ostentoso con cadenas de oro en el cuello y dos gallinas en minifalda a cada lado... Pero de Andreas, ni el rastro.

—¿Habrá cambiado de planes? —preguntó Siuzí.

—No, yo lo conozco —respondió Kalo—. Su mejor plan es ir al cine. Hace maratones de películas y ve una tras otra, hasta que el maíz pira le sabe a cacho. De pronto se quedó adentro para ver la siguiente función.

Cuando estaban en la mitad de la calle, el jaguar de gabardina verde, gafas oscuras y sombrero negro les hizo una seña y se les acercó.

—Magnífica la película —les dijo con un acento extranjero—. ¿Ya vieron *Las nueve colas del gato*?

—No —respondieron ambos.

—Se están perdiendo de una joya, de una joya —repitió, mientras se quitaba las gafas. Kalo reconoció inmediatamente esos ojos. ¡Era Andreas, perfectamente incógnito bajo su disfraz de jaguar! Se había tinturado el pelo y se había pintado manchas. Las uñas las tenía limpias y afiladas, y se había dejado un bigote muy fino, apenas una línea encima de la boca.

—¡Impresionante! —confesó Siuzí.

—Bueno niños, no nos quedemos aquí —dijo Andreas—, por si no lo saben, el concierto de Liz Paramur es esta noche y ya vamos tarde.

—¿A ti también te gusta? —preguntó Siuzí.

—¿A quién no le gusta Liz Paramur? —respondió Andreas—. Ustedes tienen muy mala pinta. Vamos a mi apartamento para que se bañen y se cambien. Kalo, ¡gracias! Más tarde te lo contaré todo.

Los llevó a su apartamento, a pocas calles de la sala de cine. Vivía en un segundo piso, en un apartamento sencillo y ordenado. Se ducharon y se cambiaron de ropa. Siuzí se puso ropa de Tina, que por ser una pequeña gatica, era de su misma talla: un bluyín viejo y una camisa durazno a cuadros, estilo leñador, arremangada; limpió sus botas rojas, sus mitones violetas y su chaleco de hilos azules. Se rehízo la trenza y se pintó sus líneas moradas, como lo hiciera doña Celmira. Kalo tenía ropa en el apartamento de Andreas, quien lo hospedaba la mayoría de las veces que estaba en Fruidán. Puros chiros viejos... Chaqueta negra de cuero, camiseta esqueleto gris, pantalón verde pasto con bolsillos en los muslos y las mismas botas curtidas del polvo de Árzica. Envidioso de Siuzí, se pintó en la mejilla izquierda una línea horizontal y una especie de cruz asimétrica.

En el concierto de Liz Paramur, un espectáculo jamás visto, tan especial que durante una canción llovía por algunos segundos sobre el público, más de 300.000 voces cantaron al mismo tiempo todas sus canciones. Andreas cantó, Kalo gritó, Siuzí lloró; Andreas se inflaba de dicha, Kalo temblaba de euforia, Siuzí se desmayó y se volvió a levantar cuando sonó la última canción: *“Manzana anaranjada, ¿estás o no estás? Si vuelvo a mi ciudad, si me fui, si llooo....raré.”*

EPISODIO 13

LA GENTE PODEROSA

—Hermosa campana —dijo el Zam Adabi en su oficina, en el piso 89 del edificio de Seguridad y Control de MOVA—. Realmente hiciste un buen trabajo, Kalo. ¿Nadia no dijo nada?

Kalo se queda pensando. El Zam Adabi siempre pregunta lo mismo: ¿Nadia no dijo nada? ¿Estrella no dijo nada? ¿Angélika no dijo nada? ¡¡Pero si son todas mudas!!

—No, nada —le responde, recordando el beso que Nadia le dio—. Pero se le veía el amor en los ojos. Fue un maestro del pueblo de I'vín quien la construyó, pero nos costó caro. Más caro de lo que esperábamos —insinuó Kalo, sentado en un gran sofá de cuero, buscando que el Zam Adabi le diera un poco más de Lluvias, después del robo de las Sombras Sedientas en el desierto.

—A mí también me costó caro permitirle a tu colega Andreas su regreso a Árzica —dijo el Zam Adabi levantándose de su silla, acercándose a la ventana, desde donde se veía toda la ciudad, gigantesca, imponente—. Una identificación falsa, por si no lo sabes, Kalo, no se compra en la tienda de la esquina.

—Sí señor, entiendo —respondió Kalo con una vocecita.

—¿Ya lo has visto? —preguntó el Zam Abadi.

—Está con Siuzí, me esperan en donde Madame Sidoní. El disfraz le quedó de rechupete.

—¿Siuzí?

—Sí, la niña que usted vio en el Desierto de Hitia. Somos amigos —afirmó Kalo con una sonrisa—, ella quiere ir a Coctó, al otro lado del Yuparí —le dijo, esperando alguna reacción del Zam.

—Toma —dijo el Zam Adabi acercándole una bolsa de cuero—. Las Lluvias que te debía.

—¡Y quedo a sus órdenes! —afirmó Kalo precipitándose hacia la bolsa, acariciándola y guardándola en uno de los bolsillos laterales de su pantalón.

Mientras tanto, en la cafetería de Madame Sidoní, Siuzí y Andreas conversan acompañados de

empanadas y de jugo de guayaba.

—¿Coctó? —pregunta Andreas—. No será nada fácil. Las aguas del Yuparí están malditas y el puente que MOVA construyó no lo puede utilizar todo el mundo. Se necesita un permiso especial.

—Don Igor nos dijo que son cuentos de viejas chismosas, eso de que el agua está maldita —dijo Siuzí.

—Es un loco —dijo Andreas— y yo no le haría caso a nada de lo que dice. Hace unos años él hizo parte de un grupo de traficantes de guadua, los Trafiguaduanes de Coctó, arzicanos rebeldes que insiste en tomar agua de todas partes y sembrar guadua a pesar del mal que hace. A cada rato aparecen transformados en gusanos, después de sus experimentos. Y hace unos años pusieron una bomba en Fruidán, en una oficina de MOVA...

—Pero tú también tienes que cruzar el Yuparí, si quieres llegar a Kat. Allá está tu novia, ¿no es cierto? —pregunta Siuzí.

—Eso parece. Hace cinco años nos vimos la última vez. Sólo ahora, gracias al Zam Adabi, tengo algunos indicios.

—¿Cuáles? —preguntó Siuzí.

—Hace seis años —comienza Andreas— un grupo de gatos de los Trafiguaduanes penetró las instalaciones de MOVA en Coctó. Aunque estaban disfrazados, las cámaras de seguridad captaron su entrada al edificio y es posible discernir los rostros, aunque muy vagamente. Los ZamoS de MOVA buscaron en los archivos de identidad de Árzica y, desde entonces, todo gato o gata ligeramente parecido a los que estuvieron en Coctó aquella noche, es detenido e interrogado.

—¡Pero es increíble! —dijo Siuzí indignada.

—Es así... Yo no los juzgo. La guerra es sucia. Y por eso mismo, cuando intentaron atraparnos, ese día en que salíamos del cine con Tina, luché con todas mis fuerzas pero no pude impedir que se la llevaran.

—¿Y quién se la llevó?

—Milio, un ratón que trabaja en secreto para los ZamoS. Es un demente, un verdadero criminal.

—Pero los ZamoS trabajan para MOVA... —dice Siuzí—. Y MOVA es la que da las Lluvias y ayuda a los arzicanos. ¿Cómo pueden contratar a un criminal en secreto?

—Por lo mismo que te decía —responde Andreas—. La guerra es sucia y MOVA ni los ZamoS se ensucian mucho las manos, entonces le dejan eso a zánganos como Milio. Yo le vi bien la cara cuando se la llevaron. El Zam Adabi me contó que ella se parecía a uno de los Trafiguaduanes de Coctó. A mí todavía no me estaban siguiendo... No sé ella qué les habrá dicho...

—Y si venían por ella, ¿por qué te tocó huir del país?

—Yo he sido siempre alguien muy tranquilo, un cazarrecompensas de información de libros antiguos.

—¿Cómo así? —pregunta Siuzí.

—Antes del Desastre, bastaba un computador, escribir una pregunta o el nombre de alguien y tenías la respuesta al instante. Pero con las Guerras del Agua todas las redes fueron destruidas en el Planeta y, al menos en Árzica, no han sido reconstruidas, pues MOVA teme que sea el inicio de nuevas guerras en el futuro. Si los arzicanos se enteran de todo, es peligroso para la estabilidad del país...

—O si se enteran de todo, trabajan todos JUNTOS para construir JUNTOS su país —dijo emocionada Siuzí dando un golpecito sobre la mesa.

—Sueños de niña —se rió Andreas—. O sueños de Seucy. Sé que es otro país, otra gente, otra historia. Pero aquí no. Aquí es peligroso andar todos juntos. Y por eso MOVA no ha reconstruido las redes de información. Y es por eso que he tenido trabajo, porque cuando alguien necesita saber o conocer algo o alguien, yo me dedico a buscar y gano mis recompensas con eso. Por ejemplo los trucos de los videojuegos clásicos; es increíble la cantidad de gente que se interesa en eso. De vez en cuando hago misiones especiales: mucha gente busca a familiares perdidos durante las Guerras del Agua.

—Tu trabajo parece muy chévere —dijo Siuzí.

—Lo es, pero cada día resulta más difícil. Sin bibliotecas, sin archivos abiertos al público, con los ZamoS vigilándolo todo, no quedan sino los amigos y la gente que conoces para buscar pistas. Sin darme cuenta, en esas búsquedas me fui acercando a los bajos fondos...

—Ufff —Siuzí suspira.

—Sí. Sólo así supe que ese ratón que se llevó a Tina se llamaba Milio y que él y sus secuaces eran expertos en el tráfico de personas con los ZamoS. Y fue justamente cuando conocí esta relación entre Milio y los ZamoS de MOVA que empecé a ser perseguido; se trata de secretos demasiado peligrosos y nadie quiere saber de eso. Incluso Kalo se niega a creer que sea verdad.

—Él dice que te persiguen por la misma razón que se llevaron a Tina —dijo Siuzí.

—Él admira más de la cuenta al Zam Adabi y a MOVA, aunque se niegue a reconocerlo. No quiere creer que hay ZamoS capaces de contratar milicianos para hacer el trabajo sucio. Sin embargo, así fue como Kalo y yo nos conocimos, persiguiendo a Milio, ¿te acuerdas?

—Sí, me lo contaron el día en que los encontré la primera vez —responde Siuzí—. Pero hay una cosa que no entiendo, ¿por qué Kalo estaba persiguiendo a Milio? ¿Quién había ofrecido una recompensa por él?

—Ah... buena pregunta. ¡MOVA ofrecía la recompensa! A Milio se le fue la mano y los ZamoS para los que trabajaba temieron que se volviera en contra de ellos. Fue el Zam Adabi en persona quien le encargó esa misión a Kalo. Y ese es el argumento de Kalo para defender la nobleza de MOVA. Él conoce lo podrido de Árzica, mi niña. No lo parece, pero él ha visto cosas...

—Gracias a él ahora puedes estar tranquilo, con la ayuda del Zam Adabi —lo reconforta Siuzí.

—El Zam Adabi me dio una nueva identificación, me regaló este disfraz de jaguar y me hizo jurar que si esto que te estoy contando salía de mi boca, mis días estarían contados. Él no es ni bueno ni malo; es como MOVA: hace lo que debe hacer. Pero ni siquiera él tiene el poder de hacer regresar a Tina a mis brazos. Sólo pudo decirme que quizás está en Kat, pero ya ves, Siuzí, por

encima de él hay ZamoS mucho más poderosos y seguramente, mucho menos amigables con los gatos o los traficantes de guadua.

—Andreas —dijo Siuzí con firmeza, con un brillo en los ojos que hasta ahora no le habíamos conocido—, tú, Kalo y yo vamos a cruzar el Yuparí, no sé cómo pero lo haremos. Tú, Kalo y yo iremos a Kat y encontraremos a Tina. Y después, por favor, te lo ruego, tú, Kalo, Tina y yo, iremos a Coctó, a buscar a un Viejo Perezoso que podrá decirme algo, cualquier cosa sobre mi papá.

—Ya lo veremos mi niña —respondió Andreas acariciándole la cabeza—. No olvides una cosa —le dijo susurrando—, si esto que te conté sale de tu boca tus días están contados —Siuzí se rió pero él no.

En las oficinas de MOVA, Kalo y el Zam Adabi terminan su conversación. Kalo no se atrevió a decirle que le habían robado las Lluvias en el Desierto de Hitia. Eso lo mostraría débil e incompetente frente al Zam. Por el contrario, aceptó una nueva misión en Zirán, una pequeña ciudad en medio de las praderas azules de Aliz: otro regalo, para otra de sus enamoradas mudas. Para la bella Jari d'Aliz.

—Compláceme Kalo —dijo el Zam Adabi, acariciándose los bigotes—, haz bien esta misión. ¿Sabes que hoy su cumple el tercer y último año de silencio de Jari? Me da miedo pensar en la próxima vez que nos veamos, de pronto este sea el último regalo. Haz feliz a Jari y te haré un permiso escrito para que crucen el puente del Yuparí. Estarán cerca. Enviaré a Karter para que se ocupe. No sé qué diablos quieren hacer en Coctó, buscar lo que no se les ha perdido, pero allá ustedes. ¡Y cuidado con las aguas malditas, amigo mío!

EPISODIO 14

JARI D'ALIZ

Las praderas de Aliz son azules de todos los colores. Es raro para el ojo, pero se debe a las sustancias que MOVA utiliza para tener una tierra cultivable y poder proveer de alimentos a todo el país. En las praderas de Aliz se siembra y se cosecha, y en Zirán se empaca en enlatados para luego distribuirlos en camiones, cada mes, a toda la población. Las famosas azucenas rostizadas, los coliflores vaporizados que nunca faltan al almuerzo y el siempre alimenticio puré de ahuyamas, que sirve de entrada y de postre. ¿Quieres probar?

Azules, azules. Son requeteazules y manchan la lengua y los dientes, pero tienen vitaminas y minerales. Además, no se necesita de mucha agua para poder comerlos, porque las latas en las que vienen traen abundante líquido de conserva.

Siuzí estaba masticando uno de sus coliflores, mirando por la ventana de la BuZeta, lo primero que Andreas pudo conseguir para transportarlos hasta Zirán. Kalo conducía la BuZeta, una especie de bus pero más pequeño, pintada en varios colores, que hacía un ruido como pistola de rayo láser cada vez que frenaba y con suficiente espacio para 25 personas. Iban sólo los tres y podían estirar las piernas tanto como quisieran. En la parte trasera, una caja tan grande como una cama; era el regalo para Jari D'Aliz. Sólo faltaba encontrar al Gallo Avitia, el famoso cantante, para la serenata.

Entraron a Zirán, una ciudad de casas redondas, como grandes latas de comida. La misma fábrica de MOVA que enlataba los alimentos, fabricaba las casas y las instalaba en donde uno quisiera. Duraron dos días buscando al famoso Gallo Avitia. Lo encontraron desayunando un caldo grasiento, apestando a Arazá fermentado, con una barba y unas ojeras que daban pena. Kalo le puso tres Lluvias de Plata sobre la mesa y Avitia botó la cuchara, infló el pecho y cantó “¡Y volver, volveeeeeerr!”. Una hora después, bañado, vestido y afeitado, calentaba la voz en la BuZeta, cuando llegaron a la casa de la afortunada.

Nadie les abrió la puerta. Le dieron la vuelta a la casa y llegaron al gran jardín, en donde en una

especie de piscina redonda rodeada de velas blancas, llena de tierra negra, una muchacha estaba arrodillada frente una palma de cera de casi tres metros de alto. Tenía los ojos rasgados, como Siuzí, pero verdes, el pelo negro y recogido en una cola de caballo, ropa de cuero café, pegada al cuerpo. Jari D'Aliz.

Al verla, Kalo sonriendo, picando el ojo, le hizo señas al Gallo Avitia, pero Andreas los detuvo y los llevó de vuelta a la BuZeta.

—Vamos a esperar —dijo Andreas muy serio.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Siuzí.

—Orando —respondió el gato disfrazado de jaguar—. Eso que ya nadie hace.

Entre los cuatro sacaron el regalo y lo pusieron frente a la puerta. Se sentaron a esperar.

—Andreas, ¿qué es orar? —susurró Siuzí.

—Es agradecer por tu vida y la de los demás, y desear que el futuro traiga cosas buenas —respondió Andreas.

—¿Y uno a quién le da las gracias? ¿A MOVA? —preguntó Kalo.

—No creo... No sé —respondió Andreas pensativo.

—A las divinas trompetas, ¡güepa! —cantó el Gallo.

Jari abrió la puerta de su casa redonda de lata, alta como dos jirafas y ancha como diez elefantes. Y los muros estaban pintados con dibujos de jirafas y elefantes, que hicieron sus hermanos cuando estaban pequeños.

—Un regalo del Zam Adabi, señorita Jari D'Aliz —dijo Kalo haciendo una venia, presentándole al Gallo Avitia.

—Nunca me da lo que quiero —dijo ella, abriendo la caja.

—¿Qué quisiera? —preguntó Siuzí.

La caja contenía dos parlantes monumentales y un micrófono. Después de tres años sin hablar, el Zam Adabi pensaba que ese sería un buen regalo para el regreso a la voz de Jari. Cuando el Gallo

Avitia se alistaba para estrenar el karaoke, la muchacha le arrebató el micrófono, se llevó el dedo índice al oído, haciéndole una seña a nuestros amigos y comenzó a cantar:

SOLA EN ZIRÁN

En silencio...

Ah...

Por mis hermanos

Guardaré tres años

Sola en Zirán.

Lento el tiempo...

Cuál...

Ha sido el motivo

De este cruel castigo

Yo... Sola en Zirán.

Niños sanos ahora son gusanos

Se van a engordar

Ni callando se consigue algo

Yo sola en Zirán.

En silencio...

Ah...

No me preguntes

No te diré embustes

Sola en Zirán.

En mis Sueños...

Ah....

Uno bebía

El otro sabía

Yo... Sola en Zirán.

“Tú tomas el agua, lo sabes canalla”

La Garta dirá

Resignada, no puedo hacer nada

Yo... Sola en Zirán.

Ahh Ahhh

Ahh Ahhh

La canción termina y Jari tiene los ojos llenos de lágrimas. Siuzí también. Kalo le pregunta:

—¿Entonces, mejor dicho, como quien dice, hablando claro, qué fue lo qué te pasó?

—Mira te explico, Kalo —comenzó Siuzí, pidiéndole antes permiso a Jari—, todo lo dijo en la

canción: hace tres años que Jari decidió no hablar más para ver si sus hermanos volvían a la normalidad, porque se convirtieron en gusanos después de tomar agua.

—Agua maldita, del Yuparí —intervino Jari—. Al principio no quisieron contarme por miedo y yo sólo sabía que estaban teniendo pesadillas. Pero al onceavo día, el menor se despertó llorando y me lo confesó todo.

—Si uno toma el agua maldita tiene trece días de pesadillas y luego... nunca se sabe cómo se termina —comentó Andreas.

—Les dije que fueran donde La Garta —continuó Jari— una bruja mitad gata mitad lagarta, a donde MOVA nos recomienda ir en caso de problemas con el agua. Volvieron tranquilos, dijeron que La Garta les había dado una pócima que impediría lo peor el treceavo día. Esas dos últimas noches durmieron tranquilos, pero el treceavo día, cuando fui a despertarlos para el desayuno, me encontré en la cama con un par de gusanos gigantes, blancos y regordetes.

—¿Eran tus hermanos? —preguntó Siuzí.

—Yo creo —respondió Jari.

—¿No es posible que alguien se haya llevado a tus hermanos y haya dejado esos dos gusanos en su lugar? —interrogó Andreas.

—No creo, tengo fe en que son ellos, puedo sentirlo cuando los veo a los ojos —afirmó Jari.

Fueron al jardín en donde la habían visto cuando llegaron. Ella se acercó a la piscina llena de tierra, dio unos golpecitos y empezaron a brotar dos gordos y babosos gusanos de ojos muy negros y humanos.

—Guardé silencio durante tres años —continuó Jari— y cada día pasé horas frente a esta palma de cera que sobrevivió al Desastre, esperando algún milagro, pero los tres años pasaron y ellos no hacen más que engordarse y volverse cada día más babosos. No ha servido para nada, sólo para tener sueños raros.

—Yo no sé soñar... —dijo Kalo levantando las cejas.

—Deja hablar a Jari, Kalo —interrumpió Andreas—. Cuéntanos tus sueños.

—Sí, cuéntanos —pidió Siuzí, quien soñaba siempre con su papá y su Malilí.

—Es secreto —y Jari terminó la conversación.

Nuestros tres amigos se despidieron y dejaron al Gallo Avitia en el Bar “La Arrizaca” en donde, cuentan, cantó como los dioses. Siuzí, Andreas y Kalo pasaron la noche a las afueras de la ciudad, en donde esperarían al robot Karter, quien traería el pago por la misión y, ojalá, el permiso del Zam Adabi para cruzar el Yuparí. A la mañana siguiente, desperezándose, Andreas les dice:

—Soñé con los gusanos. Estaban tomando agua del Yuparí, rodeados de guadua.

—¡Yo también! —dijo Siuzí, impactada.

—¡¡Yo no!! —gritó Kalo enfurecido.

—Vamos a investigar más —propuso Andreas—. De pronto las locuras de Igor el Tractorista y las teorías de los Trafiguadantes de Coctó no son tan descabelladas como parecen.

EPISODIO 15

LAGARTA

Andreas se disfrazó de conejo negro, ojos rojos, temblando como el motor de la BuZeta. Fueron a la Plaza Central de Zirán, llena de vendedores de comida enlatada por todas partes. En una esquina, con un anuncio de neón de varios metros de alto, se podía leer: “¿INTOXICACIÓN CON AGUA? MOVA RECOMIENDA...” y allí seguía una flecha indicando la entrada al despacho de La Garta, mitad gata, mitad lagarta, la bruja experta en males de las tripas.

Andreas subió las escaleras y se sentó en la sala de espera. Una enfermera se le acercó y tomó sus datos. Dos arzicanos más estaban esperando a La Garta y lucían muy mal, con ojeras pesadas y la piel pálida casi transparente.

Tras una hora larga de espera, le tocó el turno a Andreas.

—¿Qué le pasó a este conejito? —preguntó La Garta, con una voz sensual, unos ojos profundos y una belleza sobrenatural, vestida con un vestido minifalda púrpura.

—Me acerqué demasiado al río Yuparí —respondió Andreas, imitando muy bien la voz de un conejo enfermo— y como se me acabó el agua, tomé un poquito. Fue hace seis días y las pesadillas no me dejan dormir.

—¡Eres un conejo estúpido! —dijo sobresaltada, transformándose súbitamente más en lagarta que en gata y con los ojos encendidos de fuego—. ¿Y las advertencias de MOVA, en la televisión, en la radio, en las vallas de publicidad, en los periódicos? ¡Todo el mundo lo sabe! ¡El Ángel maldijo nuestras aguas! ¡El Ángel que limpió el cielo y después se rebeló contra nosotros!

—Sí, señora —dijo Andreas agachando la cabeza—, pero tenía mucha sed. Las Lluvias de cada mes no me alcanzan.

—Mírame bien, conejito, mírame a los ojos —continuó la bruja, hipnotizando a Andreas con su mirada y con su voz—. El Ángel vertió su copa sobre los ríos y sobre las fuentes de las aguas, que se hicieron sangre. MOVA encontró el tratamiento que nos permite tener agua potable todos los

días, debemos agradecerle a MOVA. En cuanto a ti, tómate esto —le alcanzó una botellita roja, abierta, provocativa—. Ve y dile a tus amigos, a tu familia, a todos los que conozcas, lo que te he dicho. Dependiendo de cuánta agua hayas tomado, la poción te salvará o no. Ahora, tómatala...

—¿Más tarde? —preguntó Andreas, quien no podía dejar de mirar fijamente a La Garta a los ojos.

—No, conejito, es ahora o nunca —y La Garta volvió a ser la sensual hechizadora del comienzo, se puso de pie y acariciándole la cabeza a Andreas, chupó un largo sorbo de la botellita roja, se acercó a la boca de él y le dio un beso, durante el cual le inyectó la poción.

Al salir del consultorio de La Garta, Siuzí y Kalo notaron que algo no andaba bien con Andreas. Aunque lucía sonriente y tranquilo, en su mirada ya no se veía el brillo de antes, ni, en el fondo, la imagen de Tina, que él siempre conservaba como un tatuaje en sus pupilas.

—¿Qué averiguaste? —preguntó Siuzí.

—El Ángel vertió su copa sobre los ríos y sobre las fuentes de las aguas, que se hicieron sangre —respondió Andreas, quitándose la máscara de conejo—. MOVA encontró el tratamiento que nos permite tener agua potable todos los días, debemos agradecerle a MOVA.

—¡Pero eso ya lo sabemos! —gritó Kalo—. ¡Todos los días lo escuchamos cincuenta veces por todas partes!

—No está de más recordarlo —dijo Andreas.

—¿No le preguntaste por los hermanos de Jari? ¿Por la poción? ¿Por el río? —insistió Siuzí.

—El Ángel vertió su copa sobre los ríos y sobre las fuentes de las aguas, que se hicieron sangre —respondió Andreas.

—¡Sí, sí, sí! —dijo Kalo—. ¡No te hagas el bobo que así te quedas! ¡Eso es periódico de ayer, Andreas! Esa visita a La vieja Garta no sirvió para nada. ¡Vámonos! Karter nos está esperando.

—La Garta me dio a beber de una linda botellita roja. Todo va a estar bien —continuó Andreas.

—¡Andreas! —dijo Siuzí preocupada—. ¡Tienes que vomitar!

—No, no, no... Es por mi bien.

Aunque intentaron convencerlo de que vomitara, Andreas les explicó que La Garta era una charlatana y le había dado a beber un placebo, es decir una bebida inofensiva que le haría creer que se curaría. Lo importante es que ahora sabían que la verdadera causa de la transformación en gusanos de los hermanos de Jari, seguía siendo, muy seguramente, que hubieran tomado agua del río. Aunque sólo uno de los hermanos bebió, el otro también se acercó al río y permanecieron juntos el resto del tiempo, lo cual influyó para que ambos terminaran regodeándose en la tierra del jardín, blancos y babosos.

Kalo y Siuzí optaron por creerle a Andreas, un gato inteligente y racional. Mientras iban en busca de Karter, en la casa de Jari D'Aliz, Siuzí intentó hacerle más preguntas a Andreas. Fue inútil. Ella, sin embargo, notó que no era el mismo. Algo en él se había apagado.

El robot Karter, tras comprobar que Jari había recibido el regalo del Zam Adabi, le entregó un sobre y una bolsa de cuero a Kalo. En el sobre estaba un permiso firmado para cruzar el puente del Yuparí, válido para él y dos arzicanos acompañantes. En la bolsa de cuero, veinte Lluvias de Bronce.

Andreas le contó a Jari lo mismo que les contó a Kalo y a Siuzí. A su parecer, la causa de la transformación en gusano era beber el agua del río Yuparí. Se despidieron de Jari y de sus hermanos gusanos y le prometieron seguir buscando la manera de devolverles su forma humana. Jari, decepcionada pero agradecida, les ofreció compensarlos por intentar ayudarla.

—Yo estoy buscando noticias de mi papá —dijo Siuzí—. Si cuando estás arrodillada frente a la palma de cera, piensas en él y en mí, será el mejor regalo.

—Así será —aseguró Jari.

—Yo busco a mi novia Tina —dijo Andreas—. ¿Podrías pensar en ella también?

—Claro que sí —dijo Jari y sonrió.

—Yo quisiera soñar y ¡tener sueños locos para contar por las mañanas! Como los que cuenta

Siuzí —dijo Kalo.

—Eso es fácil —explicó Jari—. Con todo respeto, ¿eres un androide de los antiguos, verdad? Lo puedo sentir en tu voz. Consíguelo en un almacén de antigüedades electrónicas. La mayoría de androides como tú no saben ni siquiera que eso existe, no les interesa gastar su energía en eso. Pero existe. Es un implante sencillo que se introduce en los oídos. Pruébalo y la próxima vez que nos veamos me cuentas.

Andreas conduce la BuZeta mientras Siuzí mira cómo Kalo se introduce su nuevo Simulador de Sueños en los oídos.

—Dos Lluvias de Bronce no es caro, ¿no crees? —le pregunta Kalo a Siuzí.

—No, nada caro para algo tan genial —le responde ella—. Qué linda Jari, se arrodilla por nosotros y te va a permitir tener sueños, Kalo.

—El vendedor dijo que el Simulador toma los recuerdos del día —explica Kalo— y los mezcla con algunos de toda mi vida, los revuelve como con una licuadora y luego, cuando cierro mis ojos en la noche para equilibrar mi energía, mi cerebro proyecta todas esas imágenes. Pero no voy a tener pesadillas, porque el Simulador tiene filtros. Únicamente sueños deliciosos, de Arazá y otras maravillas.

EPISODIO 16

EL TUBONEL

Veinte kilómetros antes de llegar al Río Yuparí, comienza la fila para cruzar el puente. Tendrán que esperar siete días.

La fila de carros es un larguísimo trancón y los arzicanos aprovechan para conversar con los vecinos de la carretera, hacer picnics y jugar a las cartas al lado del camino. El Soluno y el Soldós, uno tras otro, calientan la carretera y convierten el interior de los carros en hornos para cocinar pan. La BuZeta parecía un horno para cocinar campanas y Siuzí, Kalo y Andreas se refrescaban sobre la hierba, improvisando abanicos de papel.

—¿Por qué se demoran tanto cruzando el puente? —preguntó Siuzí el primer día, algunas horas después de detenerse.

—El puente es en realidad un tubo, como un túnel que pasa a muchos metros de altura del río —respondió Andreas—. Se llama el Tubonel. Estamos a varios kilómetros del Yuparí, pero para proteger a los ciudadanos, MOVA nos aleja desde ya de los vapores que surgen de esas aguas malditas. Se demoran mucho porque revisan cada carro; buscan guadua.

—¿No tienen curiosidad de ver el río? —preguntó la niña, la niña curiosa.

—La curiosidad mató al gato —respondió Kalo mirando a Andreas.

Ver el río era la cosa más fácil de este mundo. Se podía llegar caminando, y sólo una cinta amarilla, instalada diez kilómetros antes de sus orillas, indicaba que se entraba en un área contaminada y peligrosa. No había ZamoS resguardando, ni cámaras de seguridad, ni aviones o helicópteros sobrevolando. Cada quien era libre de ir y ver, de ir a probar lo que todo el mundo sabía peligroso. No faltaban los curiosos, como los hermanos de Jari. Y más que curiosos, los sedientos. La decisión de ir a probar el agua no era nada fácil, después de todas las advertencias. Entre los arzicanos, la maldición del río Yuparí y el lago de Enson era una verdad absoluta y, según decía la gente, sólo los locos, los idiotas o los suicidas se atrevían a mirar esas aguas.

Kalo y Andreas, conocedores de todas las historias sobre la maldición del río por el Ángel, no tenían el más mínimo interés en arriesgarse a acercarse al río. Para Siuzí, extranjera en Árzica, resultaba todavía más parecido a una leyenda que a una realidad, y sus piernas le temblaban deseosas de ir a mirar ese lugar que para todos era prohibido.

Al tercer día entran al Tubonel. En sus paredes se proyectan películas, anuncios de publicidad, telenovelas, dibujos animados y programas de historia de Árzica. Hay para todos los gustos y Andreas pasa horas frente a las películas, mientras Siuzí y Kalo se dedican a los videojuegos en la pantalla de la BuZeta, ahora que el tubo les ofrece una temperatura agradable.

—¿Ya comenzaste a soñar, Kalo? —preguntó Siuzí, sin dejar de jugar carreras de karts.

—Sí pirilí —le respondió él, jugando también.

—¿Con qué soñaste?

—No te puedo decir... —respondió Kalo con timidez. Siuzí se quedó pensando.

—No sería... ¿con la bella Nadia del Desierto? —le dijo Siuzí bromeando y se concentró en ganar la partida contra Kalo.

A Kalo se le subieron los colores al rostro, porque sí, incluso para androides como él era posible la timidez. Sin saberlo, Siuzí había dado en el clavo. Después de tres días de tener instalado el Simulador de Sueños, Kalo se había mantenido en silencio. ¡Y había sido tanta la emoción inicial! Pero al amanecer de la primera noche, tras un sueño agradable, en donde Nadia repetía una y otra vez ese beso, ese único beso en la mejilla, único beso para él en la vida, porque los androides de MOVA, exactos a los humanos en casi todo, no se suponía que fueran capaces o que tuvieran la necesidad de enamorarse. Sin quererlo, ese sueño se convertía en pesadilla. Al abrir los ojos en la mañana, con las imágenes del sueño aún fijas en su cerebro, lo invadía la tristeza de pensar que Nadia estaba tan lejos, que era imposible tener otro beso de verdad.

Andreas se había vuelto muy silencioso, únicamente viendo películas a lo largo de las jornadas de espera en el Tubonel. Al final de cada película, pensaba en la poción y el beso de La Garta y

sentía en sus entrañas que su cuerpo no andaba bien, como cuando tienes mucha fiebre y te sientes hirviendo por dentro. Él soñaba con gusanos.

Siuzí soñaba con Latía Maya. Comenzaba a hacerle falta su casa, el cariño y las atenciones de su tía que, al fin de cuentas, era su única familia. Pero estaba muy cerca de llegar a Coctó como para dar marcha atrás. Sin embargo, le dijo a Kalo que después de Coctó, regresaría a Seucy, para continuar su vida.

—Siuzí, Siuzita... —dijo Kalo—. Yo no voy a ir a Coctó contigo... Yo llego hasta Kat, para acompañar a Andreas y allí daré la media vuelta. Lo siento si pensaste que te llevaría hasta allá. Todo este tiempo que has estado conmigo, ha sido porque he tenido misiones por hacer, y creo que es bastante amable ayudarte a llegar hasta aquí y atravesar el río Yuparí. Pero yo también tengo que ganarme el pan, y en Coctó no tengo nada que hacer.

A Siuzí esas palabras le cayeron como un baldado de agua fría. Desde que se habían encontrado con Kalo, hacía más de un mes, no se habían separado. Pero ella no podía ser egoísta y obligarlo a venir, especialmente al tratarse de la búsqueda de su papá.

La séptima noche se encontraban a pocos metros del paso del Tubonel sobre el río Yuparí. Apenas tres carros más adelante se veían los ZamoS esculcando las maletas de los arzicanos que viajaban hacia el sur del país, hacia Kat y Coctó, para visitar a sus familiares o para buscar trabajo. En un solo carro los ZamoS se podían demorar hasta cinco horas y cualquiera diría que lo hacían a propósito.

Nuestros tres amigos decidieron dormir un poco, pues seguramente al día siguiente cruzarían el puesto de control y les esperaban varias horas de ruta hasta Kat. Aunque el Soluno y el Soldós no se veían desde el Tubonel, se escuchaban las campanas que anunciaban los momentos del día. El Salto del Ángel fue anunciado como de costumbre por majestuosas campanadas que invitaban a los arzicanos a conciliar el sueño y, en ese momento, los ZamoS cerraban el túnel y detenían su actividad durante tres horas.

Andreas tenía una fiebre muy alta, pero disfrazado de jaguar como estaba, ni Siuzí ni Kalo vieron lo mal que realmente lucía. Cerraron los ojos, cada uno en una silla doble de la BuZeta y soñaron, Siuzí con su papá, Kalo con la bella Nadia y Andreas con gusanos blancos y gordos.

Cuando las campanas anunciaron el fin del Salto del Ángel, Siuzí abrió los ojos, miró a Kalo sonriente, busco a Andreas para darle también la sonrisa de un nuevo despertar y sólo vio sus ropas desplegadas sobre el asiento. Estaban pegajosas y un rastro húmedo, como de saliva, iba desde la silla hasta la puerta de la BuZeta. ¡Allá lo encontró, al gran gusano Andreas, gordo, blanco y triste, con los ojos de gato, revolcándose, dándole golpes a la puerta con su cabeza!

—¿Qué hacemos? —le preguntó Siuzí a Kalo cuando les tocó el turno de cruzar. Andreas sólo los miraba, mudo y resignado.

—Hemos esperado mucho. Iremos a Kat a buscar a Tina y ya veremos cómo lo curamos. ¡Fue La Garta! ¡Le dio a beber el agua del río!

—No seas tonto, el agua no tiene nada que ver —le respondió Siuzí, enojada—. Y si fuera el agua, se la tomó hace siete días. ¿No dicen que son trece días?

—Eso dicen, pero La Garta debió darle mucha agua, mezclada con algo más. Las advertencias son ciertas.

—Kalo, a mí me parece que esto muestra todo lo contrario: Andreas no tomó agua del río, ni se acercó a él... Fue a buscar la cura para una enfermedad que no tenía y resultó enfermo a causa de La Garta, ¡que trabaja para MOVA! ¿No te das cuenta? ¡MOVA engaña a los arzicanos!

—¡No, Siuzí, no! —respondió Kalo, y él y Siuzí gritaban, porque la situación los había alterado mucho.

Para Siuzí era claro como el agua. Era un engaño general de MOVA. ¿Por qué Kalo no podía verlo? Siuzí olvidaba que Kalo había sido fabricado por MOVA, y que en su cerebro habían sido registradas creencias muy profundas, muy difíciles de cambiar simplemente con palabras.

Decidieron presentar a Andreas como su mascota y duraron varias horas siendo interrogados por

los ZamoS. Los ZamoS bromearon sobre Andreas. No eran tontos y sabían que era alguien que, por culpa del agua maldita, se había transformado en gusano. Kalo mostró la carta firmada por el Zam Adabi y, después de comprobar la autenticidad (y eso les tomó muchas horas más), estaban listos para dejarlos pasar. Pero un Marrano de Ojos Sucios, cuando Kalo estaba prendiendo el motor de la BuZeta, los detuvo súbitamente.

—¡Esperen! —dijo el Mos—. Este permiso dice que pueden pasar el joven Curán Kalo y dos arzicanos acompañantes. Dos *arzicanos*. ¿La señorita es arzicana? —se llevó los dedos a la boca—. ¡No! ¡Entonces no puede pasar! A pedir permiso en la Embajada de Seucy, señorita. Y el gusano y el robot, crucen ahora o den media vuelta que hay muchos carrocacharros esperando.

Siuzí no podía creerlo. Kalo tampoco. Andreas, aunque gusano y mudo, estaba reventándose de rabia. Los ZamoS les repitieron en coro “¡Ahora o nunca!”. Siuzí miró a Kalo. Kalo alzó los hombros y le señaló con la boca la puerta de la BuZeta. Pasaron dos minutos y nadie se movió. Siuzí comprendió. Dijo “gracias por todo, Kalo”, le acarició la cabeza a Andreas y le susurró algo al oído, y sin que nadie dijera nada, se bajó de la BuZeta corriendo, llorando, y se perdió en el Tubonel, en medio de una hilera de carros de todos los colores.

EPISODIO 17

KAT

Las tierras alrededor del Yuparí son fértiles, a pesar de la maldición del Ángel. Al otro lado del río, en el sur del país, en donde se encuentran las ciudades de Kat y de Coctó, los campos son confusos: verdes por momentos y chamuscados otras veces. Porque este es el lado donde se hacen las cosas prohibidas y en donde los ZamoS están desplegados a lo largo y ancho del territorio, acechando las casas, quemando los cultivos de guadua que prosperan aquí y allá. ¡Es por eso que don Igor podía tener su campo de guadua tan tranquilamente! En comparación con el sur del país, el norte es un paraíso.

Kat es la ciudad de los gatos. A fuerza de ser discriminados, los gatos se organizaron en comunidad y prácticamente se apropiaron de esta ciudad, cuyo verdadero nombre fue ya olvidado. Kat se convirtió en el “gueto” de los gatos y en sus casas de no más de dos pisos de altura vivían hacinadas familias enteras. Por las calles el ambiente era raro, pesado. No era nada extraño ver armas colgadas del cinturón, espadas, cuchillos... Y los ZamoS con sus agudas miradas y sus ojos sucios, uniformados en negro aterrador.

En pleno centro de la ciudad, en una esquina de la plaza de mercado, quedaba el “hotel” principal de Kat. La plaza olía a pescado y había letreros que anunciaban así: “PESCADO DEL YUPARÍ. ¡PRUEBEN!” Eran letreros que duraban apenas unos minutos, pues los ZamoS venían, los arrancaban e intentaban llevarse al culpable de tan gravísima ofensa. Y era en ese momento cuando se veía la particularidad de la ciudad de Kat: cuando los ZamoS comenzaban a esposar al gato autor de semejantes carteles, todos los demás vendedores de la plaza los rodeaban desafiantes y, simplemente con sus miradas profundas, dejaban claro que de ahí no se llevaban a nadie. Los ZamoS soltaban a su gato, se llevaban únicamente los restos del letrero y gritaban ofensas y maldiciones al aire.

MOVA conocía sus límites en Kat, y si no quería provocar una revolución general, que quizás

terminaría en una guerra interna, permitía estos actos de defensa ciudadana. Desafiar a los ZamoS de esta manera era algo impensable en Fruidán. Igualmente, los habitantes de Kat conocían sus límites y aunque sabían que en el “hotel” quizás había prisiones para gente inocente venida de lejos, no se atrevían a pasar sus puertas.

Kalo dejó la BuZeta en la plaza, compró desayuno para Andreas y lo dejó entre unas cobijas, anidado como un bebe recién nacido.

—¿Dónde estará Siuzí, Andreas? —preguntó Kalo—. Ojalá haya conseguido quién la lleve de vuelta a Fruidán y a Seucy. Si fuéramos ricos, iríamos a Coctó a buscar al tal Viejo Perezoso, ¿no crees? Y luego le enviaríamos una carta a Siuzí para contarle lo que averiguamos. ¿Andreas? ¿Andreas...? Y pensar que llegamos tan lejos y tú así...

Ay, Kalo, Andreas no puede responderte. Kalo miraba los ojos de gato en el cuerpo de gusano y sentía algo parecido a lo que le provocaban sus sueños con la bella Nadia del Desierto: nostalgia. Afortunadamente el Simulador de Sueños se lo podría quitar cuando quisiera y por ahora se decía que estaba en prueba. La verdad es que había resultado menos divertido de lo que pensaba.

Kalo atravesó la plaza, llena de compradores y vendedores, de ZamoS, de animales de todos los tamaños y colores, mirando, hablando, gritando y comiendo. Leyó el gran cartel “Hotel 039 MOVA” y entró. En la recepción, una muchacha muy elegante lo atendió. El interior era el de un verdadero hotel, con ascensor, botones para llevar el equipaje, piscina, restaurante. Nada de lujo, pero bien conservado.

—Señorita, señorita... —comenzó Kalo—, aunque sé que no es correcto, aunque sé que no es debido, le hago un favor a un amigo mío, a un joven muy recto. ¿Podría usted ver los archivos y decirme por favor, si alguna vez aquí se alojó la gatica Tina Betina? Espero no molestarla, dirá usted que soy atrevido, pero de lejos he venido y es muy urgente encontrarla.

La señorita de la recepción escribió el nombre en la computadora, imprimió una hoja con la información, y se la entregó a Kalo con una sonrisa y un dulce de limón. ¿Así de fácil? Pues sí...

“TINA BETINA: hospedada en el Hotel 039 MOVA durante un año. Dirección actual: 7, calle de la Guanábana, Kat”.

Kalo no quería anunciarle a Andreas lo que le dijeron en el hotel. Le pareció que no podía ser tan fácil y temía llenarlo de falsas esperanzas. Se montó en un mototaxi, le indicó la dirección al conductor y en diez minutos llegó a una calle empinada de casitas verdes.

Ni siquiera tuvo que tocar a la puerta. Al frente de la casa, en una mecedora, estaba Tina, más radiante y bella que en las fotos que Andreas le había mostrado. ¡Tenía un bebé en los brazos! Junto a ella, otra gatica de su misma edad jugaba Tetris en una consola portátil.

—¡Tina! ¡Tina Betina! —le dijo Kalo sin acercarse demasiado.

—¿Diga joven? —preguntó Tina.

—Curán Kalo, a tus órdenes —dijo Kalo llevándose una ramita a la boca, mirando de reojo al bebé—. ¿La palabra “Andreas” te dice algo?

—Kalo... Curán Kalo —dijo Tina, quien tenía la voz aterciopelada y los ojos verde esmeralda—. Nira, ha de ser el cazarrecompensas más famoso de Fruidán —y la otra gatica perdió en Tetris cuando se levantó para saludarlo.

—No te ha ido nada mal... —continuó Kalo—. Hasta un bebé tienes. Y pensar que Andreas te ha sido fiel todo este tiempo.

—¡Párala compadre, serás famoso en Fruidán, pero aquí no vales ni cinco! —le dijo Nira secamente—. El bebé es mío. Nos acaban de llamar del hotel de MOVA para avisarnos que vendrías. Cuidado con lo que haces. Si vienes a insultar, no eres bienvenido. Si vienes a buscar a Tina, a escuchar lo que tiene por contarte, siéntate y te tomas un jugo de guanábana.

Kalo aceptó, le sacaron una mecedora de la casa y escuchó el relato de Tina:

“MOVA dice que fuiste a buscarme al hotel. Te conocen y saben que se trata de Andreas... ¿Eres amigo suyo? Cuéntale a Andreas, Kalo. Cuéntale que yo sí estuve en Coctó esa noche, en las instalaciones de MOVA. Yo era parte de los Trafiguaduanes. No sé cómo pude ocultárselo tanto

tiempo, pero ahora veo que fue lo mejor. Ahora estoy del lado de MOVA, un poco como tú, Kalo. Durante un año, en el hotel, me trataron de maravilla. No es una prisión como las pintan en las películas. En absoluto. MOVA sabe hacer muy bien las cosas y cuando tienen sospechosos o culpables entre sus manos, en lugar de apretarlos, de exprimirles la verdad a la fuerza, lo que hacen es acariciar y proteger. Es cierto que no podía salir de mi habitación, pero no me faltaron la luz, la comida ni el descanso. Nadie me gritó, nadie me insultó. Y luego de un año de discusiones con toda clase de gentes de MOVA, de comprender lo que Árzica realmente necesita para salir adelante, confesé lo poco que sabía sobre los Trafiguadantes de Coctó.

Las condiciones para dejarme en libertad fueron vivir al menos un año en Kat, trabajando en una de las fábricas de MOVA. Eso fue hace cinco años. En la fábrica me sentí útil, produciendo Lluvias para la gente, para que todos los arzicanos tengan el agua que tanto necesitan. Te puedo decir una cosa que aprendí allí: aunque el agua no esté maldita, porque aquí en Kat y en Coctó lo creemos con firmeza, los arzicanos no deberían tocar el río Yuparí ni el lago de Enson. Los arzicanos no deberían sembrar guadua, aunque sea mentira que destruye las otras plantas y la tierra. Eso también lo creemos aquí en el sur, y por eso ves ZamoS armados hasta los dientes por todas partes, porque una verdad de esas sólo se puede negar con la fuerza de la autoridad y no de la persuasión ni de las leyendas que se practican en el norte. Pero los arzicanos no deberían tocar el agua del río, ni sembrar la guadua porque sembrarían con ello su propia destrucción, como ya lo hicieron antes. ¿Qué crees que originó las Guerras del Agua? ¿Qué imaginas que ocasionó el Desastre? Hace 30 años los arzicanos habían convertido el río Yuparí en el basurero del país. ¿Lo has visto ahora? Seguramente no, porque en el norte se le teme demasiado al río para acercársele. Es el agua más clara que jamás hayas visto, llena de vida en cada gota. MOVA no lo prohíbe. Lo protege.

Kalo, yo no podía volver a Fruidán inmediatamente. Y durante ese año en la fábrica encontré de nuevo el amor. Un gato maravilloso. Vivimos aquí, en esta casa. La construimos juntos, con la ayuda de MOVA. Y aunque este bebé no es el mío, muy pronto mi gato y yo tendremos el nuestro.

Por eso me ves aquí, sentada en mi mecedora, porque desde que le comuniqué a MOVA que mi gato y yo teníamos planes de tener un hijo, me dieron vacaciones pagas, para que reposara como es debido y me preparara para traer un bebé a este mundo tan difícil. ¿Crees que con los Trafiguaduanes hubiera sido igual? Un bebé es una carga para la revolución, eso hubieran dicho. Ellos no piensan en el futuro.

Kalo, tienes que contarle todo esto a Andreas. Pero por favor dile que no venga. No puedo verlo. No puedo.”

Kalo la dejó hablar sin interrupciones, pensó en lo que había escuchado y suspiró.

—Andreas es un gusano. ¡Un gusano! El agua que tú dices buena, lo convirtió en un gusano baboso, asqueroso, ¡melcochoso, pegajoso! cuando veníamos a buscarte —le dijo Kalo con un tono de reproche. A Tina se le contrajo el corazón al escuchar la triste suerte de su antiguo amor.

—Eso le pasó por meter las narices donde no debía —intervino Nira, sin dejar de mirar en su pantalla.

—Ya vuelvo... —dijo Tina, con los ojos aguados, metiéndose a la casa.

—¡Huye! ¡Huye de la verdad! Señora: mentir y comer pescado requieren mucho cuidado —respondió Kalo burlándose. Pasaron tres minutos y Tina volvió con una enorme sonrisa, como si acabara de ganarse la lotería.

—Adiós joven. Dígale a Andreas, por favor, que no me busque. Ya no lo amo —respondió Tina sin dejar de sonreír, dándole la mano a Kalo.

En el mototaxi, Kalo desplegó el papelito que Tina le entregó en secreto al momento de despedirse. Decía así: “En la Plaza de los Gemelos, en Coctó, vive alguien que te puede decir cómo devolver a A. a su forma gatuna. No puedo decirte su nombre... tú sabrás arreglártelas.”

Aunque no estaba en sus planes ir hasta Coctó, tan, pero tan lejos de su querida Fruidán y de sus tierras conocidas, Kalo no podía hacer otra cosa que seguir el consejo de Tina. ¿Sería cierto todo lo que ella dijo? Si fuera así, sería una lástima que Siuzí hubiera dado la media vuelta ante el río

Yuparí. Pero dado que él estaría en Coctó, buscaría al famoso Viejo Perezoso que ella tanto anhelaba encontrar. Él también vivía en la Plaza de los Gemelos. Esa coincidencia le demostraba lo que se dice corrientemente: Este mundo es un pañuelo. Él, que andaba de aquí para allá por Árzica, encontrándose siempre con los mismos, en las mismas, decía: “Este mundo es un pañuelo, pero yo no soy un moco”. En cuanto a Andreas, mejor esperar a que fuera otra vez gato para contarle el relato de Tina. ¡Pobre Andreas, gusano y abandonado por su novia, pobre, pobre Andreas!

EPISODIO 18

COCTÓ

La niña está empapada de sangre. Sangre roja como la cáscara de una manzana madura. Espesa como la mermelada de mora. Acaba de cruzar el río y se ha quedado sin aliento. Valiente Siuzí: cruzar nadando el Yuparí maldito de sangre. Se mete las manos a los bolsillos y los tiene llenos de lombrices. Se quita los zapatos y sale volando un montón de moscas. Tose y encima de su lengua queda un gusano blanco y baboso como Andreas.

Siuzí abre los ojos y se despierta en una cama desconocida, en una habitación en madera, con una luz plateada entrando por la ventana. ¿En dónde está? En medio de mil objetos de tiempos pasados. En una tienda de antigüedades: “Los Trastos del Muchachoso”, en la casa del Viejo Perezoso. Van a desayunar.

—Soñé que cruzaba el Yuparí —le cuenta Siuzí al Viejo Perezoso, oso tranquilo, anciano, envuelto en un enorme abrigo de lana—. Pero a diferencia del río que yo vi, en el sueño el agua era roja como la sangre y sabía a acero.

—Mala señal —dijo el Viejo Perezoso—. Todos los que cruzan el río tienen ese sueño. Trece días después aparecen muertos o se transforman en criaturas extrañas.

—Pero el agua era tan clara, tan bonita —le dice Siuzí.

—Mi niña, el problema no es el agua. El problema es creer que realmente está maldita. Te puedo asegurar que he visto a muchos quitarse su propia vida antes de que pasen trece días. La maldición del agua no es verdad. Pero las pesadillas sí lo son. MOVA se ha encargado de lavarles bien el cerebro a los arzicanos en cada anuncio de radio, en cada valla en la calle, en cualquier programa de televisión. ¿Serás lo suficientemente avispada para olvidarte de la leyenda del agua maldita? ¿O vas a llegar cada noche pensando en el terror que te espera mientras duermes?

—Vamos a ver esta noche qué pasa —respondió Siuzí preocupada.

Valiente Siuzí: fue capaz de atreverse a cruzar el Yuparí después de despedirse de Kalo y

Andreas. Avanzó con decisión, convencida de que prefería tener trece días para saber la verdad sobre su padre, que volver a Seucy y vivir el resto de su vida ignorante sobre lo que le había ocurrido. ¡Y qué sorpresa al llegar a la ribera del río! Flores y helechos, árboles de tamarindo y fresa, peces azules, rojos, amarillos. Era más difícil aguantarse la tentación de meter los pies en el agua que dar media vuelta y alejarse del murmullo arrullador de la corriente.

Siuzí se quitó toda la ropa, las botas y la mochila, y lo metió todo en una bolsa plástica, la infló e hizo un nudo, creando un flotador. Se deshizo la trenza del cabello y metió el pie derecho, luego el pie izquierdo y luego se lanzó al río como uno más de los peces que jugaban a las escondidas entre la vegetación acuática. Se abrazó a la bolsa plástica y se dejó llevar por el agua, impulsándose con sus piernas como Latía Maya le había enseñado en la piscina de su barrio. Llegó a la otra orilla, se vistió, bebió el agua, rehízo su trenza y sus líneas en el rostro y caminó, caminó con una energía nueva, desconocida.

No era posible que el agua estuviera maldita.

Cuando llegó a la carretera, un camionero la recogió y la llevó hasta Kat, a diez horas de camino. La dejó en el terminal de buses y allá pasó la primera noche. La primera noche de pesadillas de un río de sangre y de animales babosos. Con las Lluvias que Kalo le había dado, se montó en un bus y quince horas después llegó al terminal de transportes de Coctó. Llegó justo antes del Salto del Ángel, cuando toda la actividad se detuvo en la ciudad. Durmió allí, en la sala de espera, su segunda noche de terribles pesadillas y ahora comenzó a preocuparse, a pensar que después de todo, la maldición podría ser cierta.

Caminó hasta la Plaza de los Gemelos y le preguntó a la gente por el Viejo Perezoso. Nadie lo conocía. Decidió ir de puerta en puerta, de casa en casa. Como si fuera una premonición, la casa número 13 resultó ser la que buscaba. Ni siquiera tuvo que preguntar por él. Bastó con verlo para reconocer a un viejo oso perezoso, gris y arrugado. “Soy Siuzí, la hija de Iliam” fueron sus primeras palabras. La estaban esperando una carta y la cinta de un sombrero en aquella casa vieja, en el

pueblo de Coctó, de manos del Viejo Perezoso. Esa cinta le trajo de golpe todos los recuerdos perdidos de muchos años. Era la cinta del sombrero de su papá, que nunca se quitaba al salir de su casa. Y la carta, la olió como si fuera la piel misma de su padre, y olía todavía a algo parecido a los caballos.

Coctó, Año 14, Después del Desastre

Siuzí, mi hermosa Siuzí, ¿me recuerdas de tus primeros años de vida, cuando te llevaba en brazos para que olieras el campo en nuestra casa soñada? Siuzí, puedo ver el Desastre claramente, hace tan pocos años... Tu mamá y yo, en el fondo, sólo fuimos víctima de las circunstancias. La sed de esos tiempos nos convirtieron en esas tristes personas del final. MOVA estuvo involucrada en todo, ¡en todo!

Pero nunca pensé en abandonarlas y si Latía Maya ha sido fiel a su palabra, estarás leyendo esto ahora y podrás buscar algo que he puesto en un lugar verdaderamente seguro para ti. Algo que contiene la historia de estos últimos años cuando no hemos podido estar juntos, y que es vital para el destino tuyo, el de Árzica y, de alguna manera, del Planeta.

Debes ir al lago de Enson, en la ruta del Pico de Sux. Cuando llegue la oscuridad del Salto del Ángel métete en el agua, acuéstate en ella mirando al cielo, flota y duérmete, Siuzí. Te dejarás llevar por la brisa que provocan las alas agitadas de los pájaros que buscan la luz que se les ha perdido; déjate llevar por las aguas del lago y sostén esta carta con fuerza en tu mano izquierda y la cinta del sombrero en la derecha.

En el oriente de la Isla Aiarí está el río Ñiña. En el oriente del río, en el árbol más rojo, habitan el Mochuelito y mis secretos para ti. Sueña con él y grita: ¡Canta, pájaro lejano! y vendrá por ti, para llevarte a la Isla Aiarí. Lleva un sombrero de terciopelo azul, por si queda alguna duda.

Siuzí, no te preocupes por lo que dicen los mapas. Los mapas no lo dicen todo. En realidad, los mapas no hacen más que darnos pistas. Y algunos mapas, como el de Árzica, están llenos de silencios; por eso no aparece la isla. Pero en el centro del lago de Enson está Aiarí, es secreta. Viven refugiados los ZamoS exiliados, los Trafiguaduanes, mis amigos, mis compañeros, que tiempo atrás decidieron no hacer parte de MOVA y allá se refugiaron. Si saben quién eres, no te

harán daño. Si no lo saben, podrían matarte, así que ten cuidado. La cinta del sombrero les permitirá reconocerte. Trabajan en mutua alianza para liberar a sus camaradas. Debes unirme a ellos. Debes seguir mi obra. Hay que acabar con MOVA, a como dé lugar, cueste lo que cueste. Aunque nuestras vidas y las de otros paguen el precio de esta lucha. Es el costo de la guerra. No te digo más, mi fuerte niña. El Mochuelito te mostrará el lugar en donde dejé para ti el recuento de todos estos años de ausencia, de lucha por la libertad, por el agua, por la guadua y por todos nosotros.

Siuzí terminó de leer. No estaba estupefacta, ni sorprendida. Se quedó inmóvil, simplemente. Su padre, un Trafiguadante. ¿Era un héroe o un villano? ¿Estaba vivo o muerto?

El Viejo Perezoso se rascaba la espalda contra el borde de una puerta. Abrió el armario y sacó una bicicleta y un casco, aptos para una niña de seis años. Era tan pequeña, que el Viejo Perezoso la llamaba “minicleta”. A Siuzí le pareció muy tierna. Era un regalo de su papá. El Viejo Perezoso, bostezando, pregunta:

—Mmmm...¿Vas a ir a la isla... ammmm...? Puedes ir en la minicleta. Es especial para largos viajes.

—¿Y porqué sabes de la isla? ¿Abriste el sobre?

—No hay mucho por hacer en este pueblo... —responde él frotándose la panza—. Esa carta fue escrita hace seis años. Hace seis años te hubiera dicho que fueras. Ahora, te digo que los Trafiguadantes son unos locos. Yo también fui uno de ellos, pero no estuve de acuerdo con sus métodos y me retiré. ¿Viste lo que pasó con la bomba que pusieron en Fruidán? ¿La gente que murió? Tu padre estaba dispuesto a muchas cosas, pero no creo que matar gente le interesara. Sé lo que te dice al final de la carta, pero para ese momento, no había muerto el primer inocente. Él escribía sin tener una verdadera conciencia de lo que decía. Sin saber lo que ahora yo sé: los Trafiguadantes trabajan también para MOVA. Es mi teoría. Gracias a sus acciones violentas, MOVA puede justificar todo lo que quiera. Es la única manera de que puedan seguir tan tranquilos

en la Isla de Aiari: MOVA y los Trafiguaduanes son la misma cosa.

—Mi papá, ¿está vivo aún? —preguntó Siuzí, incapaz de comprender todo lo que el Viejo le decía sobre MOVA y sus teorías.

—No lo sé —susurró el Viejo Perezoso, y siguió hablando cada vez más bajito—. Serán los Trafiguaduanes quienes te lo dirán.

—Parece una carta de despedida —Siuzí suspiró.

—Sí, eso parece.

—Al menos sabré porqué se despide...

Siuzí está ansiosa. Tiene ganas de volver a su casa, a su habitación, de ir al colegio, de ver a sus amigos, de jugar videojuegos, de desayunar con Latía Maya. Pero no puede dejar de sentir que se perdería de conocer lo que la ha llevado hasta ese lugar. Si su papá le dejó un libro o un baúl o más cartas, lo que sea, ella tiene que conocerlo. Pero es sólo para ella, no para nosotros. En cuanto a unirse a los Trafiguaduanes... ¿Qué debe hacer? Es una petición tan repentina... ¿Es verdad que MOVA ocasionó el Desastre, y con ello la muerte de su madre y la desaparición de su padre? En ese caso, ¿por qué no unirse a ellos? Pero, ¿y los inocentes? ¿Y el agua? ¿Y las Lluvias para la gente? ¿Y la guadua?

Siuzí sabe, a pesar del cansancio ante la idea de volver a emprender el camino, que debe continuar viajando, adentrarse de nuevo en Árzica, hacia el Pico de Sux, luego de todo lo vivido y aprendido, para saber lo que su padre le cuenta, y, entonces, tomar decisiones sobre su vida... ¡Es tan difícil tomar decisiones!

Cuando se prepara para irse, el Viejo Perezoso abre la boca y entre bostezo y bostezo masculla:
—Ven a visitarme cuando vuelvas y me cuentas cómo te fue. Tengo una piña en la nevera. Nos tomaremos un jugo de piña juntos. Con empanadas. Me aburro mucho aquí solo...

El Viejo Perezoso se quedó mirando a Siuzí cuando dobló la esquina de la Plaza de los Gemelos. Dio media vuelta, se rascó la barriga y entró en su almacén, a reencontrarse con sus recuerdos.

EPISODIO 19

EL CONJURO DEL MAGO RAMÓN

Kalo recogió al Compae Elsuá, de barba larga, melena crespa y gafas rotas, haciendo autostop en la mitad del camino entre Kat y Coctó. Les habló todo el camino: sobre el último encuentro de tejo entre Fruidán y Zirán, el Desastre, las piñatas de su infancia, Las Guerras del Agua, si usar o no seda dental, las palabras más largas y las más empalagosas, y una historia de amor intensa y apasionada que terminaba así: “En el estómago, desde el corazón hasta el ombligo, sentía un circo en el momento en que presentan a los motociclistas dando vueltas al interior de la rueda. Ay, muchachos... La Roquerita... Un beso, sólo nos dimos un beso. Se acercó a un centímetro, medio centímetro y plap, sus labios se unieron a los míos, y fue como besar el agua, sentí que me ahogaba en ella. No sé cuanto duró ese beso. Pero lo que sí sé es que cuando el beso terminó, ella retrocedió, se puso a llorar y dijo: “¡No puedo! ¡Tengo novio!”

—Pero sí pudo, porque te besó —intervino Kalo, quien frenó en seco la BuZeta y miró al Compae Elsuá y a Andreas, quien lloraba.

—Sí, sí pudo, pero no podría hacerlo más —continuó Elsuá—. Lo terrible es conocer esos momentos magníficos y después tener que extrañarlos el resto de la vida. ¿Entienden de qué les hablo?

Kalo y Andreas entendían perfectamente de qué les hablaba. Y Kalo entendía aún más, después de soñar con la bella Nadia del Desierto, de anhelar verla y despejar ese huracán que se le estaba formando en el corazón cibernético. En cuanto a su encuentro con Tina Betina, definitivamente contarle a Andreas lo que Tina le dijo, sería el golpe final para su amigo agusanado.

—A la Roquerita no la volví a ver. ¡Se habrá casado con su novio! —gritó el Compae Elsuá y siguió hablando sobre las recetas de su abuela, lo bueno de MOVA, los guitarristas con el pelo más largo, lo malo de MOVA, si el agua tiene o no tiene olor... y así hasta que apareció Coctó en el horizonte y sin esperar que la BuZeta se detuviera se botó por una ventana y enrollado como una

pelota rodó gritando —¡¡Hasta aquí llego yo, y me bajo y adiós!!

Llegaron a Coctó y encontraron la Plaza de los Gemelos. Kalo cargó a Andreas en sus brazos y le preguntaba a los vendedores ambulantes si sabían en donde “solucionar ese problemita”. Después de ocho intentos, Kalo comenzaba a desmoralizarse. El noveno vendedor al que le preguntó, un vendedor de botas que llevaba una bota en la cabeza —era su sombrero y su publicidad— le dijo “Yo los llevo. Cinco Lluvias de Plata”. Los llevó a la casa 13, “Los Trastos del Muchachoso”. Era, cómo no, el almacén de antigüedades del Viejo Perezoso, más conocido como el Muchachoso en la ciudad de Coctó.

—¿Buenas?—preguntó el Muchachoso Viejo Perezoso al ver entrar al vendedor de botas seguido de un androide de MOVA y de un gusano gigante con ojos de gato.

—Don Muchachoso —dijo el vendedor de botas, retirándose cortésmente la bota de la cabeza—, aquí el joven necesita un rezo.

—¿A ver? —y el Viejo Muchachoso Perezoso se acercó a Andreas y lo examinó—. Mmm... La Garta metió las manos en este minino. Serán cinco Lluvias de Oro para poder ayudarlos. ¿Les parece?

—¡¿Quién pidió pollo?! —dijo Kalo abriendo los ojos como dos llantas, mirando hacia el techo—. Tenemos sólo tres, caballero manilargo.

—Pues cuatro serán, síganme —concluyó el Perezoso Viejo Muchachoso, llevándolos al interior de su casa, recostando a Andreas en un sofá. Se puso un collar de bananos y sacó una hoja de plátano con una inscripción—. ¡Mírame de frente, mírame a los ojos, escucha atentamente!:

“Ser, sólo ser, no más ni menos
que nadie.
Y sin saberse. Y hablar con los demás
de otras cosas... Gozar, desde uno solo, todo,
y traerlo a uno,
el dueño callado, verdadero e ignorado del mundo.”

—Ti, Ti... Titi... Ti, ¡Tina! —gritó Andreas, respirando como alguien que estuvo a punto de morir ahogado—.

—Ya puedes hablar —continuó el Viejo Perezoso—. Ahora, durante seis días, debes repetir eso mismo, el conjuro del Mago Juan Ramón, tres veces al día, y vas a ver cómo te pones de bien.

—Excúseme, doctor —preguntó Kalo—. ¿No es un poco caro cuatro Lluvias de oro por un montón de palabras? Yo hubiera podido decir: “Comer, sólo comer, no más ni menos que Andreas, y sin llenarse” ¿Ah? Y hubiera podido continuar: “Y de postre helado de ron con pasas... Gozar, desde el Soluno, todo, y hasta el Soldós, el gato gusano, sincero y enamorado de Árzica.”

—Casi, hijo, pero no.

—Pues ya que nos dejó en la calle —continuó Kalo— díganos al menos, ¿conoce al Viejo Perezoso que vive en la Plaza de los Gemelos? Una amiga tiene muchos deseos de conocerlo.

—El Viejo Perezoso soy yo. Me llamaban Muchachoso cuando joven y el nombre resultó pegajoso. ¿Quién es esa amiga tuya?

—¿En verdad es usted? —preguntó Kalo incrédulo—. ¿Así de fácil? Este mundo es un pañuelo... Y usted no parece loco. Mi amiga, nuestra querida amiga se llama Siuzí, del vecino país de Seucy, hija de Iliam y queriendo saber de él. No pudo cruzar el Yuparí y la dejamos en el Tubonel... La dejé...

—No la conozco, ni a Iliam. No tengo la menor idea de quienes son esas personas.

—¿Latía Maya? —preguntó Andreas—. ¿No le dice algo?

—No. Nada. Ha de ser otro Viejo Perezoso. No soy el único, ¿saben? En cada ciudad de Árzica hay al menos uno.

—Siuzí estaba segura de que lo encontraría en Coctó —concluyó Kalo—. Latía Maya ha debido mentirle. Doctor, si algún día viene una niña preguntando por el Viejo Perezoso, una niña llamada Siuzí, díglele que Kalo y Andreas estuvieron aquí, que Kalo ha soñado con ella y está arrepentido de haberla dejado y que la recuerdan mucho.

Antes de irse, al pagar por los servicios recibidos, Kalo exigió como ñapa una antigüedad: el primer álbum de Liz Paramur, un viejo disco compacto llamado “Falda Serpentina”. Escribió una nota en el folleto y le pidió al Viejo Perezoso que si la niña venía algún día, se lo entregara y les hablara de ellos.

Andreas no paraba de sonreír en los brazos de Kalo, repitiendo bajito el conjuro del Mago Ramón: “Ser, sólo ser...”. Se montaron en la BuZeta y salieron de Coctó como un trueno, mientras el Viejo Perezoso pensaba que sí, que lo mejor había sido no decirles nada sobre Siuzí: un androide de MOVA y un gato agusanado sólo parecían más problemas para la niña.

EPISODIO FINAL

¡CANTA, PÁJARO LEJANO!

Montada en su minicleta, Siuzí lucía ridícula, pero ella se sentía orgullosa, se sentía la reina del mundo. Cuando salió de Coctó y se encaminó hacia el Lago de Enson, se dispuso mentalmente a tener que pedalear durante tres días. Pero lo que descubrió, lo que la maravilló, fue que su minicleta no perdía la velocidad al dejar de pedalear; una vez alcanzaba cierta rapidez, se mantenía hasta que frenara o hasta que pedaleara más y aumentara otro poco la velocidad. No importaba si iba en subida o en bajada. La minicleta de su papá no tenía nada que ver con la realidad, no respetaba las leyes de la lógica, ni de la física. Pero existía y era genial.

Tres días de ruta pedaleando eran una cosa dura. Pero tres días dejándose llevar por entre los campos del sur de Árzica, como si se tratara de una moto, aunque sin el ruido molesto del motor, eran un alivio.

Siuzí vio campos de guadua ardiendo en llamas. Vio las chimeneas de las fábricas de Coctó vomitando humo detrás suyo. Vio casas abandonadas a la orilla del camino, como había visto por todo el país. ¿Cómo habrán sido las Guerras del Agua?, se preguntaba. Y trataba de imaginárselas, pero sólo podía pensar en su papá, verlo como soldado y luego como trafiguadante, ¿ayudando o haciéndole daño a la gente? ¿O las dos cosas?

En su minicleta avanzaba sin descanso. Se detenía para comer los sánduches que el Viejo Perezoso le había preparado y empacado en una lonchera. Dormía las tres horas del Salto del Ángel, soñaba, se levantaba y continuaba su camino, ansiosa por encontrar ese baúl en donde sabría todo lo que nunca supo sobre su padre.

Así pasaron dos días de pedaleo, minicleta, sánduches, sueños y ganas de saber. Al tercer día vio a lo lejos el Pico de Sux y supo que iba por el buen camino.

Kalo condujo de regreso a Kat. Andreas, todavía con forma de gusano, fue capaz de hablar como antes, listo para saber lo que Kalo había averiguado sobre Tina, y le preguntaba con palabras lo que

antes preguntaba con la mirada.

—No se sabe nada —dijo Kalo manteniendo la mirada fija en la carretera—. No hay registros de ella en ningún hotel de MOVA. Lo siento, amigo. Lo mejor será que hagas borrón y cuenta nueva.

—Eso no será posible —respondió Andreas—. Así deje de buscarla, sin saber qué ha sido de ella, no podré dormir tranquilo, como no lo he hecho en todos estos años. Y en la calle, al ver una cola aterciopelada como la suya, seguiré pensando que puede ser ella y me iré detrás, para comprobar que es otra gata. Es muy duro difícil vivir así, Kalo, con un desaparecido que se lo pasa colgado de tu corazón.

Al escuchar la respuesta de Andreas, Kalo no supo si hizo lo correcto al mentirle sobre Tina. No tenía la sangre tan fría como para decirle la verdad, pero se daba cuenta de que el peso de la incertidumbre sobre su amigo podía ser más duro que aprender la realidad.

Al segundo día de camino, cuando se alistaban para cruzar el Tubonel y ya Andreas había recuperado la cabeza, los brazos y las piernas de gato, aunque le quedaba todo el torso de gusano, Kalo abrió la boca y la dejó abierta un buen rato, sin decir nada. Parecía bostezando. Luego habló.

—He soñado con Siuzí... La veo cruzando el río... Y Soñé con la bella Nadia del Desierto, Andreas. Sueño con ella siempre desde que tengo implantado el Simulador.

—Yo sueño con Tina siempre desde que la conocí —le replicó Andreas.

—Entonces, debes saber, compañerito mío, que debes volver a Kat, al número 7, calle de la Guanábana. No te puedo decir nada más. Las leyes de la robótica me lo impiden. Cruzaré nadando el Yuparí. Voy al Desierto de Hitia. Voy caminando. No te olvides de Jari y sus hermanos.

Llegó la tercera noche y Siuzí llegó a las orillas del lago de Enson. Hacía varios kilómetros que había dejado atrás la línea amarilla de advertencia. Al otro lado del lago se veía imponente el pico de Sux, un antiguo volcán cuyo cráter se llenó de nieve, como un cono de helado. El cielo estaba rojo, muy oscuro. En el centro del lago está la isla Aiarí. Se sentó a escuchar el agua. Se mojó la cara. Se acostó en la orilla, sobre la arena humedecida por minúsculas olas y se quedó dormida, con

la carta en la mano izquierda y la hebilla del sombrero en la derecha. Soñó con el pájaro, con el Mochuelito que vendría por ella.

Kalo caminó durante horas, atravesó la línea amarilla y llegó a la orilla del río. Recordó su sueño de Siuzí cruzándolo y pensó en cuánto le gustaría seguir viajando con ella, hacer misiones juntos y ser amigos para siempre. Incapaz de reconocerlo, lamentaba haberla abandonado.

Andreas conducía la BuZeta rapidísimo y el corazón le latía más rápido aún, le latía como el motor, como ese ronroneo que hacen los gatos agazapados. Entendía muy bien que Kalo no le pudo decir lo que sabía sobre Tina y la ansiedad le hacía babear la espalda de gusano. Aunque no era lo que sospechaba, en el fondo de sus deseos, anhelaba que Tina lo esperara con los brazos abiertos y con un beso mágico y eterno.

Sonaron las campanas. Llegaba el Salto del Ángel. La oscuridad total se apoderó de Árzica y nuestros tres amigos cerraron los ojos. Vivir, esperar y buscar.

—¡Canta, pájaro lejano! —gritaron dormidos, sonámbulos desde las ventanas de sus casas don Igor, Nadia, Jari y el Viejo Perezoso.

Andreas no detuvo la BuZeta y con sus ojos de gato adivinaba el camino, repitiendo su conjuro en voz baja. Kalo se sumergió en las aguas oscuras del Yuparí, oscuras por la noche y no por la suciedad ni la maldición. El Mochuelito batió las alas y vino y se llevó a Siuzí dormida entre sus garras.

Allá van nuestros tres amigos. Allá donde los espera, quizás, una verdad.

FIN